

año 1 |
junio-septiembre 2005

Debates contemporáneos en la prensa internacional



**Dirección General de
Cultura y Educación**
Gobierno de la Provincia
de Buenos Aires

Autoridades provinciales

Gobernador

Ing. Felipe Solá

Director General de Cultura
y Educación

Prof. Mario Oporto

Subsecretaria de Educación

Prof. Delia Méndez

Subsecretario Administrativo

Lic. Gustavo Corradini

Vicepresidente 1°

del Consejo General

de Cultura y Educación

Prof. Jorge Ameal

Auditor general

Cdr. Horacio Landreau



**Dirección General de
Cultura y Educación**
Gobierno de la Provincia
de Buenos Aires

Debates contemporáneos en la prensa internacional

Publicación periódica de la Dirección General
de Cultura y Educación

año 1 | junio - septiembre 2005

Calle 13 y 56 (1900) La Plata, Provincia de Buenos Aires,
Argentina

Tel. (+54 221) 4297600 /e-mail: dirgab@ed.gba.gov.ar

www.abc.gov.ar

Sumario

Una mirada sobre los temas que preocupan al mundo	3
El exceso moral según Fernando Savater	4
Algunos apuntes sobre el capitalismo	6
Nuevo tipo de iletrado	8
“Ellos”, “nosotros” y el multiculturalismo	10
Menos ricos pero más felices	12
Le educación secundaria británica en cuestión	14
Darwin en capilla	16
El <i>think tank</i> del “diseño inteligente”	18
La crisis de la educación media americana	20
Después del multiculturalismo	22
A propósito de Kant y la Ilustración	24
A propósito del Estado, el mercado y la sociedad en las catástrofes	27
La “des-civilización” al acecho	29
Europa reniega de los inmigrantes y de sus propios valores	31
¿Qué Islam elige usted?	33
Roosevelt y Bush	36
Lo que viene después del huracán	38
Tercera vía y laborismo privatizador	40
Apuntes sobre los conceptos de Estado y nación	43
¿Lo normal es lo más frecuente?	46

Debates contemporáneos en la prensa internacional compila los comentarios elaborados diariamente por el Lic. Leandro Reboiras, desde la Jefatura de Gabinete de la DGCE. Quienes tengan interés en recibirlos regularmente podrán solicitarlos a dirgab@ed.gba.gov.ar detallando nombre y apellido, institución y correo electrónico donde desea recibirlos.

Las opiniones vertidas en esta publicación, que no ha sido sometida a revisión editorial, son de exclusiva responsabilidad del autor y en ningún caso constituyen la posición oficial de la DGCE.

Diseño: SSE/Área de Publicaciones

Una mirada sobre los temas que preocupan al mundo

Prof. Mario Oporto

La velocidad de los flujos de información y la capacidad que la tecnología ofrece de conocer al instante acontecimientos que ocurren en zonas remotas del planeta constituyen una característica inédita en la historia de la humanidad. Pero, al mismo tiempo, los medios de comunicación masiva ofrecen un cúmulo de información que puede resultar caótico y en el que no todo es relevante. No cabe duda, entonces, de que no alcanza con informarse acerca de lo que sucede. La saturación sin tiempo de reflexión es hoy un serio obstáculo para la formación de una conciencia crítica. Una conciencia crítica requiere mirar en perspectiva los acontecimientos, analizar sus causas y evaluar sus posibles implicancias para el futuro.

En este marco, y considerando que aquello que ocurre fuera de las fronteras nacionales también afecta y condiciona lo que ocurre dentro de ellas, la Dirección General de Cultura y Educación generó hace unos meses un espacio para difundir los temas que se debaten en la prensa internacional. Surgido como un insumo para la reflexión del equipo ministerial más próximo, hoy creemos oportuno ampliar su difusión para contribuir al debate sobre la realidad en la que actuamos y que intentamos transformar.

Este espacio revisa diariamente editoriales y artículos de opinión de algunos de los principales periódicos del mundo y elabora un comentario sobre una de las temáticas relevadas. En esta oportunidad, se reúne una selección de los comentarios elaborados entre junio y septiembre del corriente año. En adelante, se publicarán los correspondientes a cada mes.

Convencidos de la importancia de continuar abriendo espacios que estimulen el pensamiento crítico, presentamos este número de *Debates contemporáneos en la prensa internacional*.

El exceso moral según Fernando Savater

El filósofo analiza el problema de quienes sólo ven los ataques contra los valores sagrados y de los que convierten el logro de cualquier capricho en una conquista histórica de la civilización progresista.

Diferentes acontecimientos políticos y sociales en las geografías más diversas están dando lugar a múltiples reflexiones sobre el papel de la ética, la moral, la religión y las creencias en la sociedad democrática, así como en la naturaleza de las relaciones entre los países y en la conformación del ordenamiento internacional.

El reciente referéndum italiano sobre la ley de procreación asistida, la próxima sanción en España de la ley que consagra el matrimonio homosexual, el triunfo del candidato presidencial ultra conservador en Irán, y la influencia de la ultraderecha protestante en la administración republicana de los EEUU son algunas de las manifestaciones de un fenómeno que repercute tanto al interior como al exterior de las sociedades nacionales, el del choque entre ética pública y moral privada, y entre religión y política.

En el marco del debate que se está produciendo en España por la legalización de los matrimonios homosexuales, *El País* publica una columna de Fernando Savater en la que cuestiona el exceso moral de quienes ven por todas partes atentados contra lo más sagrado, así como también de aquellos entusiastas que convierten la consecución de cualquier capricho en un logro histórico de la civilización progresista.

Dice Savater que uno de los peores tópicos de la ideología reaccionaria actual es el que postula una grave crisis de valores éticos y convoca a movilizar en su defensa. Si bien este diagnóstico es fraudulento, resulta valioso como síntoma, pero no de una pugna moral –advierte el filósofo– sino más bien política.

En este contexto, uno de los retos que tendría la democracia es el de la institucionalización efectiva del pluralismo moral. Pluralismo que –admite Savater– es difícil o imposible de asumir por los integristas y fanáticos, pero también por quienes no tienen más moral que la rutina tradicional.

Dentro de una sociedad democrática –agrega–, las opciones morales o religiosas son derechos privados que pueden aspirar a manifestación pública, pero en convivencia con otras semejantes. Sin embargo –observa–, los intransigentes consideran dichas opciones no como derecho sino como deberes, cuya imposición es inex-

cusable para todos so pena de catástrofe de la decencia civilizada.

Por el contrario –dice Savater–, en la sociedad laica de garantías y libertades que es la democracia occidental, la cuestión de la vida buena, moralmente deseable, siempre permanece abierta al libre debate y *nunca alcanzará la unanimidad del eterno acuerdo sino, en el mejor de los casos, la habitable transitoriedad del desacuerdo razonable.*

En este sentido, son precisamente las leyes civiles, distintas de las normas o preceptos morales, las que delimitarán el campo social dentro del cual podrá jugarse lícitamente la partida pluralista. Por tal motivo –concluye Savater–, y dado que el abuso moralizante puede convertirse en un serio enemigo de las libertades y garantías en nuestras democracias, es necesario poner cuantos límites se pueda a los excesos morales, sean del signo que fueren.

Algunos apuntes sobre el capitalismo

**Jeremy Rifkin reflexiona acerca de la evolución
histórica del capitalismo hasta nuestros días
y condiciona su supervivencia al logro
de un equilibrio entre el interés individual
y la responsabilidad social.**

La edición de *El País* del jueves 23 de junio publica un artículo del economista y experto norteamericano en temas internacionales de la Universidad de Pennsylvania, Jeremy Rifkin, sobre el funcionamiento y perspectivas del capitalismo contemporáneo.

No cabe duda de que, desde la caída del muro y el fin de la URSS, el capitalismo ha disfrutado de un indiscutido campo de juego para imponer su voluntad a escala mundial. Es por ello, dice Rifkin, que quizá ya sería hora de hacer un balance y preguntarse qué tal lo ha hecho el capitalismo en relación con todas las promesas de progreso y bienestar que se hicieron a partir de entonces, sobre todo desde las orillas ideológicas del pensamiento conservador y de centro derecha. Entre otros beneficios el capitalismo prometió que la globalización reduciría las diferencias entre ricos y pobres; sin embargo, la brecha no ha hecho más que aumentar, señala Rifkin. Hoy, cuando los beneficios de las

multinacionales se disparan en todas partes, 99 países se encuentran en peores condiciones que a principios de la década del 90. Los ideólogos del capitalismo prometieron también –recuerda–, conectar lo desconectado e introducir al mundo pobre en la aldea global de la alta tecnología. No obstante ello, dos tercios de la humanidad no han realizado jamás una llamada telefónica y un tercio carece de acceso a la energía eléctrica.

Rifkin cree que, en realidad, las dos ideologías dominantes de la era industrial han fracasado tan estrepitosamente debido a que el principio básico de cada una de ellas no estaba suficientemente templado con el antídoto de la otra, a fin de crear los controles adecuados y los equilibrios necesarios que permitan hacer un mundo más soportable para todos. Y, como era de esperar, en este capitalismo sin contrapesos la mano invisible de Adam Smith ha resultado ser, literalmente, *invisible*. Abandonado a su propia lógica interna el

mercado sin trabas no conduce a un mayor reparto del pastel económico para todos, sino, por el contrario, a un final de partida en el que el ganador se queda con todo. En este sentido, el ejemplo de la primera potencia capitalista del mundo es más que elocuente: actualmente, los beneficios empresariales en EEUU rozan niveles máximos históricos, los aumentos de productividad no tienen precedentes y, sin embargo, EEUU ha descendido al puesto 24° en la clasificación de los países industrializados por disparidad de renta, a la vez que uno de cada cuatro estadounidenses vive ahora por debajo de la línea de la pobreza.

¿Se puede entonces salvar el capitalismo?, reflexiona Rifkin. Sí, pero sólo si existe una disposición real para mantener un debate sincero y abierto sobre qué cosas el capitalismo hace bien y qué cosas hace mal. Si bien es cierto que el capitalismo favorece la innovación, el espíritu empresarial, el avance tecnológico y el aumento de la productividad, tan o más importante resulta el hecho de que no distribuye (ni se preocupa por distribuir) equitativamente los frutos de progreso económico. Y eso se debe, sostiene el autor, a que siempre prima la lógica de la *junta de directorio*; esto es, la lógica de reducir en el mayor grado posible la parte de los beneficios que va a parar a los trabajadores, así como los gastos dedicados a conservar el medio ambiente natural del que depende toda actividad económica futura.

Por ello, afirma Rifkin, la esperanza de la humanidad descansa en un equilibrio aristotélico que fomente y estimule el espíritu emprendedor del mercado y, al mismo tiempo, atempere su propensión inherente a desbocarse y concentrar cada vez más poder en la parte superior de las

pirámides empresariales mundiales. En este sentido, resulta primordial que las fuerzas que Rifkin denomina *compensadoras* –un movimiento sindical fuerte, una sociedad civil diversificada y participativa, unos partidos políticos comprometidos y vigilantes– controlen siempre las riendas de los posibles abusos y explotaciones de las prácticas capitalistas, garantizando una redistribución justa de los beneficios del mercado mediante los programas sociales adecuados y una red social apropiada, sin por ello asfixiar los incentivos del mercado. En lugar de oponerlos –continúa–, deberíamos considerar al capitalismo y al socialismo como “*manos visibles*” complementarias que continuamente equilibran el interés propio individual en el mercado con un sentimiento colectivo de la responsabilidad por el bienestar de los demás en la sociedad. En otras palabras, si el interés propio material no se atempera con un sentimiento de responsabilidad social, la sociedad corre el riesgo de experimentar una fragmentación narcisista y la explotación de muchos por parte de unos pocos. Asimismo, y en sentido inverso, si el sentimiento de responsabilidad colectiva no deja espacio para el interés propio individual, se pierde la responsabilidad personal y nos arriesgamos a introducirnos en un reino de terror paternalista, en manos de un Estado todopoderoso.

Por tal motivo –concluye Rifkin–, el gran desafío de nuestro tiempo consiste en trazar un rumbo inteligente y complejo, que mantenga una tensión equilibrada entre el espíritu emprendedor del capitalismo y la solidaridad social del socialismo, sin que ninguno de los sueños de uno triunfe sobre el espíritu del otro.

Nuevo tipo de iletrado

La pedagoga brasileña Martha Sutter explica las formas que asume el analfabetismo en la sociedad de la información, condición que se manifiesta en quienes saben leer plenamente, pero no logran comprender lo que leen.

El Jornal do Brasil de ayer publica un artículo de la pedagoga brasileña Martha Sutter sobre las formas que adquiere el analfabetismo en la sociedad de la información y de las tecnologías de la comunicación. El analfabetismo –explica– posee varios perfiles conforme al grado de incapacidad para la lectura y la escritura. Además del analfabeto y el analfabeto funcional ya conocidos, se estará observando el surgimiento de un nuevo tipo, el de aquellos analfabetos cuya lectura es precaria. Pero no en el sentido de quien tiene una cultura literaria pobre por falta de lectura, sino más bien de quienes, sabiendo leer plenamente, no consiguen comprender aquello que leen. Esta situación es lo que en portugués Sutter denomina “iletrismo”, entendido como un daño vinculado a la comprensión, en el cual hay aptitud para la lectura pero con incapacidad para su entendimiento. Lo cual termina repercutiendo en el dominio de la propia lengua.

Este fenómeno –agrega– se da en todas las clases sociales y ha sido observado en diversos países. Los factores intervinientes son variados en función del lugar donde se da el fenómeno, pero sin duda uno de las razones de más peso tiene que ver con la utilización de métodos pedagógicos no del todo eficaces. Desde la óptica del desarrollo de sociedades democráticas y del ejercicio de una ciudadanía plena, la cuestión adquiere especial significación y, en este sentido, la pedagoga brasileña afirma: “quien no sabe leer no tiene qué comprender; si no comprende, tampoco puede saber; ahora bien, si no sabe ¿qué clase de persona puede llegar a ser?”

La complejización de la vida moderna y la limitación que ello supone sobre el tiempo dedicado a aprender a lo largo de la vida, ha favorecido el desarrollo de nuevas técnicas y formas de aprendizaje. En la educación corporativa –señala Sutter–, se

viene aplicando mucho la técnica del *e-learning* (aprendizaje on line). Ahora bien, la contradicción que surge es que si bien el *e-learning* está basado fundamentalmente en la lectura, se trata de una lectura que debe ser hecha a contra reloj, entre múltiples y diversas tareas y con una dedicación siempre parcial, compartida o simultánea. De allí la tendencia ineludible de estas técnicas a la agilidad y la concisión. Sin embargo –y aquí radica el mayor problema–, los tiempos de lectura difieren en función de cada necesidad: la lectura que busca información puede ser rápida, incluso frenética; la que busca entretenimiento puede ser dinámica y veloz; pero la lectura que propicia el conocimiento requiere atención y concentración. Por tal motivo –arguye Sutter–, la prisa permanente acaba imponiendo una superficialidad que favorece el surgimiento de situaciones de *iletrismo*.

En este contexto, ya no es solamente el problema de la lectura el que se agrava sino también el de la exclusión digital, pues la información no está oculta apenas detrás de la pantalla, sino de las palabras. Paradójicamente –reflexiona–, aquellas que deberían servir para *revelar* son las que terminan *ocultando*. En el día a día –concluye Sutter–, la vorágine del mundo moderno alimenta formas caóticas de comprensión de la realidad, ya sea para la lectura como para el análisis. Estas formas, en diferentes grados, condicionan la capacidad de actuación de los individuos y, como consecuencia de ello, condicionan también la capacidad para el ejercicio de su libertad.

“Ellos”, “nosotros” y el multiculturalismo

**Luego de los atentados de Londres,
el sociólogo Sami Naïr cuestiona
los fundamentos del multiculturalismo
y sus resultados prácticos en los países que
lo han aplicado para integrar a las minorías.**

A la luz de los recientes atentados perpetrados en Londres, el sociólogo francés Sami Naïr, experto en temas de inmigración, cuestiona seriamente los fundamentos del multiculturalismo y los resultados prácticos que ha tenido en aquellos países que, como Gran Bretaña, han hecho de él la base de sus políticas de integración de los colectivos inmigrantes y minorías étnicas y religiosas. Vale destacar la discusión de fondo de Naïr con el modelo británico de integración cultural, diferente del modelo francés, una de cuyas últimas manifestaciones fue la polémica “ley del velo” que impide el uso de símbolos religiosos ostensibles en las escuelas públicas francesas.

Naïr comienza señalando que la diferencia fundamental entre los atentados de Nueva York y Madrid respecto del de Londres, radica en que los perpetradores del ataque de la capital británica son hijos del país, nacidos y educados allí, británicos de

hecho y de derecho, cuyos padres pertenecen a la primera generación de inmigrantes, tan integrada como la de sus hijos. Por tal motivo, la primera conclusión de Naïr es que el terrorismo ya no es exterior, ahora se alimenta de las frustraciones interiores de cada sociedad, frustraciones que pueden golpear con mayor virulencia en la conciencia de aquellos individuos o grupos que poseen doble identidad, ya sea por su origen étnico, religioso o lingüístico. Es por ello –advierte el sociólogo francés– que las democracias occidentales también se han convertido en suelo fértil para el proselitismo fundamentalista de Al Qaeda.

En una crítica implacable al multiculturalismo británico (al que tilda de estúpido, hipócrita y racista) Naïr sostiene que la incapacidad de crear y consolidar valores de pertenencia común constituye el elemento central de la problemática que enfrenta la sociedad británica. A fuerza de remitirles a

su particularismo –dice–, termina erosionando el derecho de las minorías a ir a la sociedad común, a fundirse en ella y, debido a este mismo hecho, se les encierra cada vez más en su gueto de identidad y cultura. El multiculturalismo en sí –agrega– no es un problema, sino que el suelo sobre el que reposa es pantanoso, porque ya no existe la pertenencia común. Desde esta perspectiva, el multiculturalismo sin comunidad ciudadana de base, sin valores fundamentales verdaderamente compartidos, se convierte en la guerra de todos contra todos. Y la prueba está –concluye– en que los jóvenes británicos musulmanes que se han transformado en *kamikazes* no se sienten parte del “Nosotros” común británico. Este distanciamiento psicológico –continúa– se ve acrecentado por la cólera que sienten ante la injusticia. Aquella que les es socialmente impuesta a diario, y aquella más corrosiva todavía que es mostrada día a día en el tratamiento de los problemas internacionales. Y entonces, frente a los métodos aplicados por los países occidentales en Afganistán, Irak y Oriente Medio, por ejemplo, crece entre las minorías la percepción de que el derecho occidental es en realidad una hipocresía y la justicia internacional un engaño.

Desde esta perspectiva, la fuerza de Al Qaeda radica entonces en su capacidad para proporcionar a estos grupos e individuos una identidad sustitutiva y situar su combate en el plano de dicha identidad. Es por ello –reflexiona Naïr– que al asesinar hace unos días a un número de ciudadanos británicos, y mañana probablemente a otros civiles en Occidente, no tienen la impresión de atacar a su pueblo. Se han situado fuera del “Nosotros” por mil razones y se oponen a él entrando plenamente en la identidad-

refugio que les ofrece el fanatismo integrista. Por tal motivo –argumenta– Occidente se enfrenta a un dilema evidente: o es capaz de proporcionar a estas poblaciones, más allá de su singularidad cultural y confesional, el sentimiento de pertenecer al “Nosotros” común, permitiendo de este modo que la existencia de esta identidad básica ejerza de escudo contra todas las formas de perversión de la identidad, o bien los mantiene fuera de la comunidad ciudadana y, en nombre de las diferencias culturales, crea de hecho las condiciones que los arrojarán a los brazos de los maestros terroristas que les proporcionen una identidad sagrada y transnacional.

La tragedia de Londres –finaliza Sami Naïr– es la de la separación, de la injusticia, de la ausencia de comunidad de pertenencia y de la idea misma de Nación y, como es de esperar, sólo termina beneficiando al terrorismo fascistoide y fundamentalista.

Menos ricos pero más felices

Paul Krugman relaciona tópicos de la sociedad estadounidense con el funcionamiento del modelo económico y social europeo y observa diferencias notorias en sus prioridades más que en sus resultados.

En una de sus habituales columnas en el *New York Times* Paul Krugman aborda viejos tópicos y preconceptos de la sociedad norteamericana respecto de la economía y el Estado benefactor europeo, más concretamente el modelo francés de organización social. Krugman sostiene que la comparación de determinados indicadores de la economía norteamericana con los de la francesa demuestra que, más que grandes diferencias de *performance*, lo que hay es una gran diferencia entre las prioridades que unos y otros se han fijado. Se trata en realidad de dos sociedades altamente productivas que han hecho un equilibrio diferente entre trabajo y vida familiar.

Según datos de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), el producto bruto por hora trabajada en Francia es un poquito más alto que en los EEUU; en tanto que el producto

bruto por persona de los franceses es notablemente más bajo que el de los norteamericanos. Hay varias razones –explica Krugman– por las cuales Francia dedica menos horas al trabajo que EEUU. La primera es que muchos franceses quisieran hacerlo pero no pueden, pues el desempleo es un verdadero problema allí. La segunda es que muchos se jubilan tempranamente. Pero la más significativa de todas es que los trabajadores a tiempo completo franceses trabajan menos semanas y disfrutan de más tiempo de ocio que sus homólogos de EEUU. Y si los franceses tienen un ingreso menor que los norteamericanos es, fundamentalmente, por una cuestión de opciones. Ello se puede apreciar claramente –continúa Krugman– si se compara la situación de dos familias típicas de uno y otro país. La familia francesa tiene un menor ingreso y, por lo tanto, un menor consumo personal. Pero goza a su vez de

diversas compensaciones. Elegir escuela es muy fácil allí porque todas son buenas, independientemente de la región o ciudad en la que se encuentre. La familia francesa tampoco tendrá que preocuparse por su seguro de salud porque tiene garantizado el acceso gratuito a un sistema con servicios de excelente calidad. Y, por último y más importante, sus ingresos más bajos se ven significativamente compensados con más tiempo para estar juntos. En otros términos, el trabajador de tiempo completo francés goza, en promedio, de unas siete semanas de vacaciones pagas al año, mientras que en EEUU esta cifra se reduce a menos de cuatro.

¿Cuál de las dos sociedades ha hecho entonces la mejor opción?, se pregunta Krugman. Los estudios al respecto estarían indicando que, más que la cultura o los impuestos, son las regulaciones del Estado las que explican que los europeos

trabajen menos que los norteamericanos. Pero también ponen de manifiesto que tales regulaciones vienen a posibilitar, en realidad, una suerte de trato o acuerdo –el que resigna ingreso a favor de más tiempo de ocio y vida familiar– que las personas, los trabajadores, nunca podrían negociar y obtener individualmente. Tales estudios muestran, por si fuera poco, que aunque ganen menos, el trabajar menos horas hace a los europeos más felices que los norteamericanos.

Los conservadores de EEUU –concluye con ironía Krugman– deprecian el modelo social europeo. Sin embargo, todos ellos viven exaltando los “valores familiares”. Más allá de todo lo que pueda decirse de las políticas económicas francesas, parece que resultaron ser extremadamente favorables al fortalecimiento de la institución familiar.

La educación secundaria británica en cuestión

Yvonne Roberts da cuenta de las debilidades de la enseñanza media británica, reflejadas en el fracaso escolar de los jóvenes y sus dificultades de inserción laboral al finalizar los estudios.

El diario británico *The Guardian* publica hoy un artículo de la columnista Yvonne Roberts sobre el sistema educativo inglés. Critica allí el anacronismo de la enseñanza media británica así como la política educativa de Tony Blair, que desdeña el aprendizaje práctico y alimenta de este modo el fracaso de los jóvenes, los cuales ven frustrada su aspiración a insertarse en el mercado de trabajo.

No importa cuán desinteresado, desencantado e insatisfecho pueda estar un gran número de alumnos que salen de la escuela –comienza afirmando Roberts–, porque muy poco es lo que se hace para modificarlo. El latiguillo de Tony Blair desde sus primeros días de gobierno ha sido “*educación, educación y educación*”. Pero lo que se ha olvidado de aclararle al electorado –advierteres que, en realidad, a lo que se refería era a la educación del siglo XIX, aquella en la que sólo a los más inteligentes se les abrían las oportunidades de promoción mientras que

el resto tenía que arreglárselas como pudiera. La priorización de los contenidos académicos en detrimento de la enseñanza orientada hacia el “saber hacer” –sostiene– está teniendo efectos profundos sobre algunas de las políticas centrales del gobierno laborista, como la erradicación de la pobreza infantil, la reducción de la exclusión social y la regeneración de las comunidades marginadas. La experiencia educativa ha exacerbado en muchos de estos chicos el mismo sentimiento de inferioridad y marginación que alimenta los comportamientos antisociales. Y sin embargo, muchos de ellos, tan frecuentemente etiquetados en la escuela como vagos, problemáticos o indiferentes, probablemente pasarán las vacaciones de verano trabajando en actividades que les exigen un gran número de habilidades.

Capacidad resolutive, creatividad y predisposición –continúa Roberts– son recursos que constantemente los ministros del gabinete

señalan como indispensables para que Gran Bretaña pueda competir en la economía global. Sin embargo, en lo que respecta a la educación secundaria, Blair no logra potenciar y capitalizar dichos recursos. Por el contrario, insiste en adherir a un sistema que termina por estrangular todas aquellas aspiraciones que intenta promover. Recientes estudios muestran que la movilidad social en el Reino Unido viene cayendo desde los años 60. Y más allá de las medidas positivas que se están adoptando en otros niveles de la enseñanza, lo que las autoridades siguen ignorando es el sentimiento de desconexión terriblemente dañino que prevalece hoy entre las familias británicas respecto de la educación secundaria.

Es por ello –continúa la columnista– el desafío educativo más fuerte hacia el futuro ya no consiste en determinar el tratamiento que daremos a los alumnos académicamente brillantes entre los grupos más desfavorecidos, sino cómo *gatillamos* el deseo de conocimiento y habilidades del resto, de los que no les va tan bien en los exámenes. Sólo así será posible corregir el sentimiento corrosivo de ser “segundones” que manifiestan muchos de los chicos que abandonan la escuela y que los mantiene alejados, incluso muchos años después, de la capacitación y la adquisición de habilidades mediante el aprendizaje. Ramsay MacDonald –el primer Primer Ministro laborista de la historia británica– dijo en 1924 que el desarrollo de la educación técnica constituía la necesidad más grande de Gran Bretaña. Casi todas las estadísticas nacionales e internacionales que miden la productividad y calificación de la economía británica en relación con otros países de Europa muestran que los británicos no han sabido escuchar bien a su antiguo premier. En lugar de ello –advierde–, un extendido

snobismo se ha apoderado del concepto de educación técnica y ha enterrado en las profundidades al aprendizaje práctico. De allí la necesidad imperiosa de una verdadera *revolución* educativa más que la *evolución* que proponen las autoridades. En este contexto, resulta casi una ironía que, mientras las raíces del aprendizaje de los jóvenes son tan superficiales y mientras la Confederación Industrial de Negocios advierte que el 47 % de sus empleados está insatisfecho con sus habilidades básicas para la lectura, la escritura y la aritmética, el gobierno siga empujando a jóvenes con serias deficiencias educativas a ingresar en niveles de educación superiores. Muy a menudo el proceso de incorporación a la educación superior aparece como una pantomima destinada a llenar el tiempo, de la cual poco podrán obtener en el futuro más que un empleo mal pago y de corta duración. Muchos jóvenes pueden iniciar un curso, pero miles de ellos no alcanzarán a finalizarlo, probablemente porque no logre despertar su motivación ni cuadre con sus intereses y habilidades.

Blair dijo alguna vez que la educación estaba en el centro del legado laborista; sin embargo, hoy tenemos un sistema anacrónico que insiste en acelerar la división y alimentar el fracaso. Gran Bretaña –concluye Roberts– no puede permitirse el lujo de resignar la realización personal de los jóvenes que no son alumnos brillantes pero que sí son capaces de desempeñarse exitosamente en el mundo del trabajo con optimismo y deseo de superación. Es por ello que “la inteligencia con las manos” no puede ser una preocupación menor. Muy por el contrario, merece también de la inversión y la estima sin las cuales toda la sociedad deberá pagar algún costo.

Darwin en capilla

La distinción entre conocimiento y creencias constituye el principal argumento de quienes se oponen a la enseñanza escolar de postulados religiosos en asignaturas de ciencias.

Sigue siendo motivo de editoriales y comentarios periodísticos la ofensiva de los grupos conservadores cristianos que pugnan por incorporar en las currículas escolares la tesis del “diseño inteligente” como alternativa a la teoría científica de la evolución. Este fenómeno no se limita solamente a los trece Estados de los EEUU que ya tuvieron sus intentos legislativos orientados a tal fin y los veinte cuyas autoridades escolares ya han examinado propuestas hostiles a la teoría de la evolución. El cronista del diario británico *The Guardian*, George Monbiot, da cuenta hoy de algunos otros avances que los “*Christian Taliban*” han logrado en otras partes del mundo. Según una encuesta de Gallup del año pasado, dice Monbiot, en EEUU el 45 % de la población cree que los seres humanos no evolucionaron, sino que fueron creados directamente por Dios, en su forma actual, hace unos 10.000 años. Por otra parte, días pasados el arzobispo de

Viena –un influyente teólogo del Vaticano– publicó un artículo en el que afirma que “cualquier sistema de pensamiento que niegue o intente dejar afuera la incontestable evidencia del diseño inteligente en la biología, no es ciencia sino ideología”, y sugiere que la teoría de la evolución, tal como la explica hoy día la ciencia no es compatible con el catolicismo. El ministro de educación de Australia, Brendan Nelson, anunció la semana pasada su disposición para permitir a los colegios que así lo deseen enseñar a sus alumnos la “teoría” del diseño inteligente. Y en el Reino Unido mismo, advierte el cronista, el director de una de las nuevas escuelas de negocios de la era de Tony Blair ha señalado que la evolución es una mera “posición de fe”. Los defensores del diseño inteligente, advierte Monbiot, hacen gala de una ignorancia pasmosa del método científico, eligiendo los datos de la realidad que más cuadren con sus postulados, ignorando

las demoledoras evidencias en contra que se les presentan y denunciando una gran conspiración para explicar el consenso científico en contrario. Consenso que se basa en la masiva acumulación de evidencias, desde los registros fósiles y la investigación genética hasta la misma observación empírica.

También el diario madrileño *El País* se hace eco de esta discusión a través de un editorial que comenta las declaraciones realizadas al respecto por el presidente Bush. Considera, en este sentido, que la intervención directa de un presidente en favor de la enseñanza de los postulados “creacionistas” agrega una cuota adicional de preocupación sobre el tema. En efecto, una cosa es un artículo o declaración de un cardenal –advierte– y otra las declaraciones del presidente de los EEUU animando a que en los colegios públicos de su país se enseñe “también”, dentro de las materias científicas, esta nueva envoltura con que los fundamentalistas cristianos están presentando las viejas tesis del creacionismo bíblico y el rechazo a la teoría de la evolución formulada por Charles Darwin. Aunque en EEUU los planes de estudio no dependen del gobierno federal –continúa el diario– la intervención de Bush ha provocado conmoción en los círculos científicos. Las más prestigiosas instituciones académicas del país hace tiempo que vienen denunciando el avance de las campañas de propaganda de poderosos *think tank* para exigir que las escuelas incluyan entre sus enseñanzas científicas que la teoría de la evolución es insuficiente para explicar la vida y que existe una “fuerza inteligente” detrás del desarrollo de la humanidad. En este contexto, la intervención de Bush colocando al mismo nivel una de las teorías más contrastadas de la historia de la ciencia y el “diseño inteligente”, alarma a quie-

nes creen que la confusión entre pensamiento científico y religión es un peligro que acecha a todo tipo de sociedades. Lo menos que se puede decir entonces –lamenta el diario madrileño– es que el presidente de EEUU acaba de hacer más respetable ese disparate.

Estrechamente vinculado a esta problemática, hay quienes creen que existe un choque de civilizaciones entre el Islam y el cristianismo, pero también hay quienes opinan que ambos credos no se consideran enemigos entre sí, y que, incluso, en sus extremos, hay sectores que comparten un creciente y combativo rechazo de las sociedades seculares. Es cierto que las sociedades occidentales, de cultura cristiana, están mejor preparadas que las islámicas para contrarrestar la ofensiva de los fundamentalismos religiosos, pero ello no las hace inmunes a estas tendencias, y las pruebas están a la vista. Es válido pensar entonces que la batalla que se está librando no sea entre Occidente y el Islam, sino más bien entre sociedades democráticas secularizadas y el pensamiento religioso integrista. De allí que, también al interior de las religiones, se esté dirimiendo una confrontación entre moderados y ultras, entre progresistas y fundamentalistas, que hace cuatro décadas pocos habrían imaginado. La irrupción del fundamentalismo ha desplazado de las grandes religiones el fructífero debate filosófico que, con no poco esfuerzo, algunas habían entablado con la modernidad. De cuál de las dos concepciones prime finalmente y, por lo tanto, de la continuidad o no de tal debate (así como su ampliación hacia otros pensamientos religiosos todavía refractarios al diálogo con el pensamiento moderno), dependerá en gran medida la atenuación o agudización de los “choques” y confrontaciones que hoy aquejan a la humanidad.

El *think tank* del “diseño inteligente”

Una investigación de *The New York Times* caracteriza las organizaciones que promueven la incorporación de la enseñanza del “diseño inteligente” en las asignaturas científicas de los colegios.

La polémica desatada en los EEUU por la ofensiva de los grupos conservadores cercanos a la administración republicana para incorporar en los programas de biología de los colegios la enseñanza de los postulados religiosos del “diseño inteligente”, en pie de igualdad con la teoría científica de la evolución, va ganando mayor espacio en los medios de comunicación norteamericanos. *The New York Times* publica hoy una investigación periodística de la cronista Jodi Wilgoren que aporta algunos datos interesantes sobre las organizaciones y personas que están detrás de esta iniciativa, que se propone homologar conocimiento científico con pensamiento religioso.

Señala Wilgoren que cuando el presidente Bush se metía este mes en la discusión sobre la enseñanza de la teoría de la evolución en las escuelas diciendo que “ambas posturas deberían ser enseñadas por igual”, estaba expresando nada más y nada menos que los postulados del *Discovery Institute*, el *think tank* ultra conser-

vador al frente de la nueva y volátil frontera de la “cultura de guerra” de la nación americana. La cronista hace un detallado análisis sobre los orígenes de esta organización. Explica que, luego de una década de trabajo en las sombras, es el *Centro para la Ciencia y Cultura* perteneciente a ese Instituto el que ha salido a la luz recientemente para erigirse en el referente ideológico y estratégico de la polémica en torno a la enseñanza de las ciencias en los colegios de las capitales de todo el país. Desde una posición de “ensañemos cuál es la controversia”, el Instituto Discovery ha tenido la habilidad de llevar el debate sobre la evolución al plano de la discusión de la libertad académica más que al de la confrontación entre biología y religión. Financiado por algunos de los mismos cristianos conservadores que ayudaron a Bush a ganar las elecciones –continúa Wilgoren–, el núcleo duro de esta organización intelectual está constituido por un variado grupo de sabios que durante casi una década ha estado

explorando la heterodoxa explicación sobre el origen de la vida, conocida como “diseño inteligente”. Moviéndose como una aceitada máquina electoral, el Instituto utiliza un mensaje cuidadosamente elaborado y testeado mediante encuestas, además de contar con millones de dólares provenientes de fundaciones presididas por prominentes conservadores. Desde sus discretas oficinas, el Instituto ha provisto de “hogar institucional” a pensadores disidentes mediante el flujo de unos 3,6 millones de dólares en becas para 50 investigadores y entre cuyos frutos se cuenta la publicación de unos 50 libros sobre el diseño inteligente, la mayoría de ellos a través de editoriales religiosas. Cuenta la cronista que, desde su fundación, el Instituto ha encaminado su accionar en dos direcciones muy definidas. Al tiempo que dedica sus esfuerzos al desarrollo intelectual del “diseño inteligente”, va abriendo espacios en la esfera pública y alienta a los Estados y los gabinetes escolares a incluir, simplemente, la crítica de la teoría de la evolución en los contenidos de biología.

El Centro para la Ciencia y Cultura del Instituto fue creado en 1996 con un aporte inicial de 750.000 dólares que facilitó la fundación conservadora Ahmansons y otro más pequeño de la MacLellan Foundation, que apoya a aquellas organizaciones “comprometidas con la llegada del Reino de Cristo”, según reza en su página web. Wilgoren hace un pormenorizado repaso de las organizaciones civiles y religiosas que se constituyen en sostenedoras del Discovery Institute así como de los aportes monetarios que cada una de ellas viene haciendo desde la década del noventa. Entre los documentos más elocuentes citados por la cronista de *The New York Times* está el plan de trabajo elaborado por el Instituto para el Centro, en el cual queda reflejada claramente la subordinación de los

objetivos científicos a los religiosos e ideológicos: “la teoría del diseño –dice el documento– promete revertir el dominio sofocante del enfoque materialista, y reemplazarlo mediante una ciencia acorde con las convicciones cristianas y teístas.” Y entre sus propuestas señala la de “alentar y dotar a los creyentes de nueva evidencia científica que refuerce su fe, así como popularizar nuestras ideas en la cultura más amplia.” Convertido en uno de los más duros frentes de batalla cultural del país, al día de hoy el “diseño inteligente” ha logrado, con la venia del presidente Bush, que Ohio, Nueva México, Minnessota (y pronto Kansas) adopten el enfoque de “enseñar la controversia” que proponía el presidente Bush hace unos días.

Resulta un tanto paradójico que sean los grupos ultra conservadores los que pugnen por llevar el debate al plano de la libertad académica. Pues es precisamente el concepto de libertad el que está en juego entre la visión de la tradición liberal, democrática y secular, y la del universalismo religioso de los sectores ultras. La “Verdad” suele ser el hilo conductor del discurso fundamentalista, pero no la verdad sentada sobre la razón y el conocimiento (científico, si se quiere), sino aquella verdad que es “revelada”, exclusiva y que tiene vocación de universal. Desde esta perspectiva, el conocimiento científico nunca puede ser entonces fuente de verdad; al contrario, es la “Verdad” la que, por su condición trascendente y revelada, eleva al plano del conocimiento la creencia religiosa. De allí la negativa terminante a aceptar las evidencias científicas que refutan sus postulados.

Es mucho más que Darwin lo que está en juego estos días en los EEUU: por las características del retador, que se campea con renovados bríos tanto por Oriente como por Occidente y, lo que es más preocupante, por el escenario en el que se libra la batalla.

La crisis de la educación media americana

***The New York Times* analiza problemas críticos
del sistema educativo estadounidense.**

**Extensión de la jornada, elaboración
de estándares educativos y capacitación
docente son algunos de los temas en cuestión.**

La adecuación de los programas educativos de cara a un mundo laboral cada vez más exigente y competitivo es una preocupación reflejada con cierta asiduidad en los diarios del mundo. Hace unas semanas era el diario británico *The Guardian* el que alertaba sobre el anacronismo de la enseñanza media británica y la política educativa de Tony Blair que, al desdeñar el aprendizaje práctico, alimentaba el fracaso de los jóvenes y frustraba su aspiración a insertarse en el mercado de trabajo.

The New York Times publicó ayer un artículo de su columnista Bob Herbert en el que da cuenta de las graves deficiencias de la enseñanza media norteamericana y las debilidades formativas con las que salen los jóvenes al mercado laboral, en especial los que provienen de medios rurales o sectores urbanos de bajos ingresos. La primera mala noticia –dice Herbert– es que solo alrededor de dos tercios de los

adolescentes norteamericanos (y solo la mitad de todos los negros, latinos e indígenas) egresan con su diploma regular al cabo de cuatro años de haber ingresado en la escuela secundaria. Pero la peor de las noticias es que, de aquellos que efectivamente se gradúan, solamente la mitad lee lo suficientemente bien como para afrontar con éxito los estudios superiores. Mejor no preguntar –agrega Herbert– cuántos de ellos son suficientemente capaces en matemática y ciencias para sobrellevar las exigencias de trabajo de un nivel universitario. De todos los factores intervinientes en la definición del futuro del país, éste es uno de los más importantes. Millones de chicos americanos ni siquiera logran pasar con éxito la enseñanza secundaria en una era en que el título superior constituye ya un requisito indispensable para alcanzar (o mantener) un nivel de vida de clase media.

El *Program for International Assessment*, que compila informes sobre habilidades de lectura y matemáticas entre chicos de 15 años de varios países, rankea a los EEUU en el puesto número 24 entre los 29 países relevados. El mismo resultado se obtuvo en las pruebas sobre capacidad para la resolución de problemas. Un nuevo informe de dos *think tanks* de Washington –el *Center for American Progress* y el *Institute for American Future*– advierte sobre la necesidad urgente de un nuevo compromiso en torno a la educación pública, mucho más fuerte que el que supuso la actual ley (conocida como *Ningún Niño Rezagado*), si se quiere empezar a revertir esta brecha. En la mayor parte del país –continúa Herbert– la educación pública camina a rastras, y los niños que más ayuda requieren (niños pobres de ciudades del interior y de áreas rurales) normalmente asisten a las peores escuelas. Dice un grupo de trabajo de las dos organizaciones mencionadas que “los chicos de bajos ingresos tienen más probabilidades de comenzar el secundario sin haber adquirido aun las necesarias habilidades de lectura (...). En cuarto año, los estudiantes provenientes de familias de bajos ingresos leen en un nivel tres grados inferior al de los no pobres. En el año 2003, en toda la nación, sólo el 15 % de los chicos de bajos ingresos de cuarto año alcanzaron la destreza de lectura necesaria, comparado con el 41 % de los no pobres. Si hay algo que debería ser claro a esta altura para todos los americanos pensantes –afirma Herbert– es que muchos chicos de EEUU están deficientemente preparados, desde el punto de su educación, para competir satisfactoriamente en un entorno global cada día más competitivo.

Los personajes de los dibujos animados pueden ser buenos para reír y divertirse, pero no sirven como modelos de comportamiento. Por el contrario, son los niños que pasan largas horas en los laboratorios de los colegios, en las bibliotecas y salas de lectura, los que más fácilmente saldrán a flote de las terribles olas de la competencia que ya se han engullido amplios segmentos de la fuerza laboral americana. El informe (titulado *Getting Smarter, Becoming Fairer*) advierte que el tiempo que los chicos pasan en el colegio debería incrementarse sustancialmente mediante la extensión de la jornada y, en algunos casos, del año escolar. Insta a la elaboración de rigurosos estándares curriculares nacionales en áreas temáticas centrales, y llama también a alcanzar un consenso sobre aquellos conocimientos que los estudiantes deberían saber y ser capaces de hacer al cabo del tiempo que tardan en graduarse en la escuela secundaria. Urge también, como ya lo han hecho otros, a tomar conciencia de verdad sobre la desalentadora y expansiva tarea de conseguir profesores altamente calificados para todas las aulas. Sugiere por último el informe la necesidad de vincular más estrechamente a las escuelas de zonas de bajos ingresos con las comunidades cercanas. Donde fuese necesario –agrega–, entre las misiones de tales establecimientos debería sumarse la de proveer servicios adicionales para chicos cuya escolaridad se ve afectada por problemas como un inadecuado cuidado de la salud, vivienda precaria, o falta de apoyo de los padres.

El informe citado –concluye Herbert– debe servir como una alarma sobre los serios y críticos problemas del sistema educativo americano, que no están teniendo la atención y respuesta que requieren.

Después del multiculturalismo

El sociólogo francés Gilles Kepel cuestiona la estrategia multicultural británica que posibilitó la llegada de numerosos ideólogos del islamismo radical a Inglaterra.

Los atentados ocurridos en Londres siguen generando, especialmente en Europa, un intenso debate en torno de los modelos de integración de las minorías étnicas y religiosas. A la luz de los trágicos hechos, pocos niegan el fracaso del modelo del multiculturalismo británico en su intento por contener a los grupos islámicos más radicalizados. Algo que numerosos analistas vislumbran como la ruptura de una suerte de transacción tácita entre el Estado británico y los grupos radicales mediante la cual, a cambio de tolerancia por parte del primero, había un compromiso de no violencia por parte de los segundos.

El diario *El País* publica un artículo de Gilles Kepel, sociólogo y politólogo francés, profesor de la cátedra de Oriente Próximo y Mediterráneo en la Facultad de Ciencias Políticas de París, sobre el fin del modelo multicultural británico y los retos que ello plantea a Gran Bretaña, y al conjunto de Europa, en el terreno de la integración.

La política de *Londonistán* –observa Kepel–, entendida como el asilo político concedido a los ideólogos islamistas radicales a cambio de convertir el Reino Unido en un santuario, quedó definitivamente enterrada. *Londonistán* representaba la punta del iceberg multiculturalista y suponía que los ideólogos extremistas allí asilados ejercerían una influencia favorable sobre la juventud tentada por el islamismo radical y violento, y la disuadiría de actuar contra el Estado y la sociedad que habían acogido a sus líderes. Es cierto –reconoce el francés– que durante un decenio los británicos estuvieron a salvo, pero a cambio de quitar importancia al discurso radical, que se consideraba lícito siempre que no se tradujera en violencia y entre cuyos elementos estaban la falta completa de identificación de los jóvenes con el Reino Unido (pese a ser ciudadanos británicos) y la exacerbación de una identidad islamista transnacional cada vez más accesible a través de Internet. A partir de 11 de Septiembre, a medida que los héroes *on line* de la *yihad*

fueron cometiendo atentados en los cuatro puntos cardinales, los ideólogos islamistas del *Londonistán*, que ladraban pero no mordían, fueron quedando mal y perdiendo su valor en influencia en los sectores más radicales.

Un aspecto sin resolver aún –advierte Kepel– es el cimiento intelectual que hizo posible *Londonistán*, es decir, un multiculturalismo en el que se considera fundamental aquello que distingue a las comunidades étnicas, religiosas y de otro tipo, proclamadas como tales dentro de una sociedad concreta, mientras se ve como secundario lo que une a los individuos como ciudadanos de una misma sociedad por encima de su raza o religión. Toda sociedad tiene sus diferencias y particularidades, pero la peculiaridad del multiculturalismo es que piensa que los individuos están determinados por una “esencia” cultural inamovible, propia de cada “comunidad”, y que el orden político, e incluso jurídico, deben juzgarlos siempre a través del prisma comunitario al que pertenecen. En el Reino Unido –explica el politólogo francés–, el multiculturalismo ha sido objeto de un consenso implícito entre la aristocracia social, salida de las *public schools* y encerrada en los clubes, y la izquierda laborista: el desarrollo separado de los musulmanes permitía a los primeros administrar con el menor coste posible la mano de obra paquistaní inmigrante, y a los segundos captar su voto en el momento de las elecciones mediante los líderes religiosos. Ése es el consenso que los atentados hicieron saltar por los aires. Porque el multiculturalismo sólo tiene sentido si conduce a una especie de paz social, en la que los dirigentes comunitarios controlen a sus fieles, les inculquen valores religiosos o morales específicos pero garanticen su sumisión al orden público general. En ese contexto, el trauma sufrido por la sociedad británica es aún más profundo porque los ocho individuos involucrados en los atentados son hijos de la sociedad multicultural. Lo que se sabe de ellos los muestra profundamente imbuidos de

religión –transmitida no sólo en las mezquitas sino, tanto o más, a través del video e Internet–, pero sin fidelidad alguna a los dirigentes comunitarios cooptados por el sistema político. Dado que el multiculturalismo británico ha dejado de servir como defensa del orden público, la prensa y la red se llenan de debates sobre cómo salir de este punto muerto. La opción alternativa al modelo multicultural en crisis alentada desde algunos sectores más laicistas es la del secularismo radical, que tendría como objetivo redefinir el pacto entre un nuevo Estado laico y el conjunto de los ciudadanos. En Europa –recuerda Kepel– el modelo francés, tan criticado cuando prohibió los signos de afiliación religiosa en los colegios públicos, ahora despierta interés entre quienes destacan que es el país con la población de origen musulmán más numerosa de la Unión Europea y donde el control social que ejerce el efecto combinado de la laicidad, la integración voluntarista y la política de seguridad preventiva ha permitido evitar, por el momento, atentados como los perpetrados en Londres. Sin embargo –advierte–, tampoco la república laica puede dar todo por descontado: la marginación social de muchos jóvenes de origen magrebí o africano y el fácil acceso a sitios *yihadistas* en Internet suministran los ingredientes del mismo cóctel que se halla en otros lugares.

El fracaso de *Londonistán* –concluye Kepel– plantea la pregunta esencial de “qué pretendemos que sea la identidad europea, junto con nuestros conciudadanos de origen musulmán y de todas las otras confesiones y religiones. Ha llegado la hora de que la Unión Europea, tras el fracaso de la Constitución, aborde de frente este asunto, en el que se juega una parte de su futuro.”

A propósito de Kant y la Ilustración

Los valores y conceptos de la Ilustración aún son preocupaciones de la sociedad contemporánea. Para el escritor Ignacio Sotelo, el proyecto ilustrado es el único con el que el hombre puede reconciliarse.

En medio de los acontecimientos políticos, militares y naturales que pueblan cotidianamente los diarios de todo el mundo, también hay espacios para la reflexión sobre temas que tienen que ver con el progreso moral y espiritual de la sociedad y del género humano. Frente a la problemática del resurgimiento del fundamentalismo –comentado en no pocas oportunidades dentro de este espacio– cobran renovado interés algunas discusiones fundamentales de la filosofía, en torno a conceptos como la libertad, la justicia, la verdad, el bien, la razón y el progreso, entre otros. En un mundo donde los medios de comunicación han cobrado un protagonismo sin igual en la historia de la humanidad y donde la cultura de masas parece estrechar cada vez más los márgenes para la reflexión en la vida cotidiana de las personas, el tema de la autonomía del pensamiento, de la capacidad de pensar por sí mismo, aquella vieja

y elemental preocupación de la Ilustración, mantiene una vigencia incuestionable.

Ignacio Sotelo, catedrático, politólogo y escritor español, escribe una columna que publica el diario *El País* en su edición del sábado 3/9, sobre el significado de la Ilustración en nuestros días. Immanuel Kant, el filósofo alemán nacido en la antigua ciudad prusiana de Königsberg (hoy Kaliningrado, Rusia) define a la Ilustración como la salida del hombre de una minoría de edad culposa. Se entiende por minoría de edad –explica Sotelo– a la incapacidad de usar la razón por uno mismo, plegándose a la dirección de otro. La culpabilidad deriva de la aceptación voluntaria de esta dependencia por parte de los individuos. De allí que, desde la perspectiva de Kant, es ilustrado quien piensa por sí mismo.

Ahora bien, las preguntas que plantea Sotelo pasan por dilucidar si, más de dos

siglos después que el filósofo hiciera esta distinción, la sociedad moderna marcha o no hacia una mayor ilustración, y por qué a la mayor parte de la gente le resulta difícil pensar por sí misma. A la segunda pregunta Kant responde que es por pereza y cobardía, que es mucho más cómodo consumir lo que nos viene de afuera, renunciar a pensar y abandonarse a las directrices de otros. Si pensar por sí mismo resulta altamente arriesgado, no ha de extrañar entonces que sean pocos los que se decidan a hacerlo. Dos son –continúa Sotelo– los principales enemigos de la Ilustración: las iglesias y los Estados. Las iglesias porque predicán el “no razonéis, pues por ese camino no llegaréis a ninguna parte; sino creed la palabra de Dios tal como os la comunico”. En este contexto, el que piensa por sí mismo pronto se convierte en hereje, al que la comunidad persigue encarnizadamente. La esperanza de Kant estaba basada en que el cristianismo, a diferencia de las demás religiones, llevaría en su entraña la posibilidad de pasar de una “fe histórica”, meramente eclesíástica, a una “fe racional o moral”. Y ello porque en “la boca del primer Maestro, el cristianismo surge como una religión no ordenancista, sino moral”. Jesús superó la Ley para proclamar, como única categoría moral, el amor. Desde esta perspectiva, la reforma luterana supuso un segundo paso hacia una religión moral o racional, basada en la conciencia libre del creyente que, sin intermediarios, mantiene una relación amorosa con Dios, que se plasma en el amor al prójimo. Acabadas las guerras de religión –explica Sotelo–, la tolerancia religiosa, el cimiento sobre el que se levanta la Ilustración, tuvo su primer asiento en los países bajos, Prusia y Gran

Bretaña. En este aspecto, el escritor español cree que es poco lo que se ha avanzado en los dos últimos siglos, considera que ha habido, más bien, un retroceso considerable desde hace algunos lustros.

Mucho más compleja, por necesitarse mutuamente –continúa explicando el español–, es la relación del Estado con la Ilustración. Sin la libertad de pensar no pueden desarrollarse las ciencias, la industria, el comercio, factores que, en último término, determinan la pujanza de un Estado. El que cada vez más ciudadanos piensen por sí mismos favorece el bienestar general, pero alienta también una crítica creciente del orden social vigente y de las estructuras de poder establecidas. La Ilustración precisa a su vez del Estado para que la libertad se apoye en el derecho y no degenera en simple libertinaje caótico. Desde la perspectiva de Kant, sin Estado, como fundamento del derecho, la libertad se esfuma; de allí su conformidad con la consigna de Federico II de Prusia: “Razonad sobre lo que queráis y tanto como queráis, pero obedeced.” El que cada cual piense por sí mismo solo puede funcionar allí donde exista un orden político y jurídico que apunte la libertad. Y aunque suponga una crítica creciente al orden constituido, sin el Estado, como garantía de la libertad, no hay Ilustración. Explica Sotelo que el pensamiento de Kant en este punto proviene del radicalismo democrático de Rousseau, para desembocar en el liberalismo de Adam Smith. Del primero ha tomado, precisamente, la idea de que la Ilustración es pensar por sí mismo. A la escisión y desigualdad señalada por el filósofo ginebrino entre ricos y pobres (resultado de la aparición de la propiedad

privada) se agrega además la que trae aparejada la existencia de instituciones estatales: la que se establece entre gobernantes y gobernados. En una sociedad civilizada, en la que imperan estas dos formas de escisión, los pobres y oprimidos solo pueden sobrevivir aceptando sin discusión las ideas y normas impuestas por los ricos y los poderosos, es decir, si se acoplan a vivir en “la opinión de otro”. En la primera mitad del siglo veinte el pensador marxista italiano Antonio Gramsci introducirá el concepto de *hegemonía*, que se diferencia del clásico concepto marxista de *dominación* por el consenso y aceptación acrítica, por parte del dominado, del dominio que ejerce el poderoso, como si fuera parte del orden natural. A ese dejar de pensar por sí mismo, para hacerlo según la opinión del otro, a pasar de “ser uno mismo” (libertad originaria, propia del estado natural), a este “estar fuera de sí” que caracteriza a la persona civilizada, Rousseau lo llama “alienación”, categoría que será retomada posteriormente por Hegel y, luego, por el joven Marx. Kant parte de la crítica roussoniana de la sociedad (desigualdad creciente, alienación, enfrentamiento de los distintos egoísmos) y considera que el individuo puede encontrar un sentido a su vida en la lucha por una sociedad más libre e igualitaria. Sin embargo, inspirado en Smith, cree que el afán mismo de supervivencia impulsa a la sociedad a un estado de mayor orden y paz. “De esta forma –dice Kant–, se desarrollan los talentos, se mejora el gusto e incluso, por medio de una ilustración continuada, se ponen los cimientos para ir haciendo realidad una sociedad que ya no esté unida por la fuerza, sino que se base en la moral.”

Pese a las críticas que se le ha hecho desde su primera formulación –afirma Sotelo–, el proyecto ilustrado sigue siendo el único con el que nos podemos reconciliar los humanos. Tanto en España como en América Latina, los años de dictaduras militares lograron erradicar por mucho tiempo el “vicio de pensar” fuera de los márgenes permitidos. Por ello –dice el español– la principal tarea pendiente sigue siendo la de lograr que cada vez un mayor número de personas sea capaz de pensar por sí mismas. Por desgracia –concluye Sotelo– durante muchos años las instituciones educativas, desde la primaria a la universidad, no enseñaron a razonar ni a debatir, sino, como mucho, a dominar los contenidos que fijaban los planes de estudio. Lo pasa mal el niño, el adolescente o el joven que quiera pensar por sí mismo, pero es sobre todo una premonición de lo que le espera al adulto que no se haya curado de este vicio. ¿Cómo saltar entonces de una sociedad en la que hay que pensar según los modelos impuestos desde fuera a una sociedad ilustrada en la que se enseñe a pensar por uno mismo? Sotelo responde que, a pesar de la desalentadora experiencia acumulada en los últimos dos siglos, lo mejor es seguir creyendo con Kant que el proceso es muy lento, pero que, una vez consolidada la libertad, resultará imparables.

A propósito del Estado, el mercado y la sociedad en las catástrofes

Tras el paso del huracán Katrina se analiza la tensión histórica entre Estado y sociedad. En el centro de las preocupaciones están la gestión y el cuidado del bienestar general.

La catástrofe natural sufrida en el Golfo de México está sacando a la luz discusiones políticas e ideológicas que nunca perdieron vigencia pero que, a partir de la caída del muro de Berlín, parecían condenadas al desván de los trastos viejos en virtud del discurso neoliberal que campea en el mundo. Incluso la socialdemocracia ha tenido que “aggiornar” su prédica a partir de los 90, reconociendo al mercado el papel protagonista como dinamizador de la sociedad, a expensas del histórico rol equilibrador del Estado. A la vieja tensión entre Estado y sociedad, tan analizada desde los filósofos *contractualistas*, la tentación neoliberal de los 90 parece haberla redefinido en la confrontación *Estado-mercado*, como si éste último fuera intercambiable u homologable al concepto de sociedad. La realidad de la última década y media ha demostrado –a un costo muy alto en términos de sufrimiento humano– que lo que en la sociedad política

supone el fundamento de la igualdad, un ciudadano igual a un voto, en el mercado termina groseramente adulterado por el simple hecho de que sólo puede ser consumidor quien posee, como mínimo, un ingreso que alcance a cubrir mucho más que las necesidades básicas de subsistencia. En América Latina, el resultado de más de una década de neoliberalismo ha sido un Estado retraído –diríase cuadripléjico–, una sociedad con groseras inequidades y un mercado del que puede participar, en forma plena, solamente una minoría. Harto conocido es lo que ocurrió cuando el Estado resignó en favor del mercado su rol como amortiguador de las desigualdades y asimetrías.

Tanto el diario español *El País* como el británico *The Guardian* hacen referencia hoy, desde perspectivas diferentes pero con algunos puntos de coincidencia, a la problemática del papel del Estado y su grado de participación en la gestión y cuidado

del bienestar general. Dice el columnista Jonathan Freedland que, desde la elección de Ronald Reagan en 1980, los conservadores vienen ganando la discusión sobre el funcionamiento del sector público, cuyas virtudes resumen en que recaude mucho pero que gaste poco. El credo neoliberal, con su énfasis en la privatización y la desregulación, se ha difundido en todo el mundo e, incluso, ha terminado imponiéndose en países que renegaban de él. Lo que el huracán Katrina ha puesto de manifiesto –advierte Freedland– es que no se puede desatender al aparato del Estado durante una generación porque el resultado será, indefectiblemente, la ruptura de los diques y una ciudad entera arrasada. En el mismo sentido se expresa el periodista español Miguel Ángel Bastenier, cuando señala que el huracán ha rendido, indirectamente, un cruento y trágico homenaje a John Mynard Keynes, al Estado de bienestar, al Estado-nación, “tan vituperado en general, como necesario en particular”. Después de tantos años de oír a primeros mandatarios de EEUU –agrega Bastenier– dirigirse al electorado para prometer el adelgazamiento de una administración abotargada de burocracia, un estorbo de papel timbrado que habría de hacerse a un lado para que la iniciativa privada se preocupara de las necesidades ciudadanas, es todo un sarcasmo comprobar cómo esa iniciativa se ilustra hoy en el saqueo. En especial cuando aquel país viene deslizándose desde la presidencia de Reagan, y acentuado con Bush hijo, en un viaje de vanidad y engañosa embriaguez de victoria. La debacle de Katrina viene a remachar lo que la realidad prueba cotidianamente, que el neoliberalismo sirve para muchas cosas, pero no para defender

al ciudadano de sí mismo, que el Estado es todavía insustituible para impedir que Thomas Hobbes tenga razón. Neoliberalismo, licuefacción del Estado, confianza ciega en el mercado, y que el resto corra a cargo de las ONGs, eso es igual a la ley de la selva. El Estado –concluye Bastenier– es todavía lo que nos separa de una barbarie que nunca ha estado lejos de la superficie. Y la ironía final es que hoy una fuerza de esos mismos *marines* que no son capaces de estabilizar la situación en el golfo de los musulmanes ha sido reclamada con urgencia para que, por fin, haga notar la presencia del Estado en el golfo de Luisiana y Nueva Orleans.

Freedland, en *The Guardian*, vuelve sobre las posibilidades reales de que, a partir de esta trágica crisis, se produzca un cambio en el modelo de Estado, una redefinición de las relaciones entre Estado y sociedad, entre Estado y mercado, después de 25 años de indiscutida hegemonía neoliberal. Por distintos factores no cree que la izquierda, o los *liberales* aglutinados en el partido Demócrata, estén en condiciones de imponer un nuevo modelo de intervención pública. El resultado más probable –admite con pesimismo– es que, más que el tamaño del Estado, EEUU terminará revisando su eficacia. El huracán –concluye Freedland– hizo saltar por los aires todos los esquemas que hasta hace unos días eran incuestionables. Cómo volverán a acomodarse las cosas una vez que vuelvan a bajar, depende en gran medida de la gente y de lo que suceda en la vida real. Una nueva concepción política no vendrá simplemente como resultado de un acontecimiento de la naturaleza; alcanzarla supone luchar por ella y ganar no pocas batallas. Ese proceso apenas está comenzando.

La “des-civilización” al acecho

Garton Ash realiza una semblanza lúcida y sombría sobre la fortaleza de nuestros valores como civilización y alerta sobre la debilidad y precariedad de todo lo que caracteriza nuestra vida en comunidad.

La construcción de la vida en sociedad, que nos alejó y diferenció del estado natural, supuso siglos de pensamiento y no poco sufrimiento humano. Hace tiempo que se dejó atrás el optimismo positivista de la marcha indefectible hacia el progreso, pero la idea de *proceso* en el camino de la civilización, con avances y retrocesos, en alguna medida hacia adelante, sigue siendo el espejo en el que la humanidad aspira a reflejarse.

El historiador Timothy Garton Ash publica en el periódico británico *The Guardian* una semblanza en la que postula que la gran lección de Katrina no es la pericia o impericia del gobierno de Bush, sino tomar conciencia acerca de que la civilización es tan frágil como un cristal y que basta un leve temblor para que nos hundamos en una lucha despiadada y salvaje. Los saqueos, la rapiña y el terror desatados en Nueva Orleans no son patrimonio exclusivo de los norteamericanos. También sucedieron, recuerda el británico, en la civilizada Europa:

de ello dan fe los supervivientes del Holocausto, de los gulags soviéticos, del sitio de Berlín y del horror en Bosnia de hace solo diez años, por citar algunos ejemplos. Ninguno de estos casos se debió a fuerzas incontrolables de la naturaleza, todos fueron “huracanes humanos”. El punto central de la tesis de Garton es que si removemos los componentes elementales de nuestra organizada vida en sociedad –esto es, alimentos, cobijo, agua potable, una mínima integridad personal–, en unas pocas horas retrocedemos al estado de naturaleza que describiera Thomas Hobbes, a una guerra de todos contra todos donde el “hombre es el lobo del hombre”. Algunos se comportan en forma heroica y solidaria durante un tiempo; pero la mayoría termina envuelta en una despiadada lucha por la supervivencia individual y genética.

Según Garton, la *civilización*, en uno de sus sentidos más primarios, refería el proceso por el cual los *animales humanos* evolucionaron hacia seres civilizados, alcanzaron el mutuo

reconocimiento de su dignidad y aceptaron la *deseabilidad* de tal reconocimiento. En este contexto, introduce el concepto de “des-civilización”, entendido como proceso: las personas dejan de ser civilizadas para devenir bárbaras. Katrina, entonces, viene a recordar trágicamente la siempre presente posibilidad de la *des-civilización*. Pero no sólo una catástrofe puede mostrar la fragilidad de la existencia civilizada. Por momentos, en la vida cotidiana nuestro comportamiento se acerca más a los impulsos animales que a los de una refinada convivencia (pensemos, por ejemplo, qué sucede cuando estamos haciendo una larga cola en el súper y se abre una nueva caja). No son pocos, entonces, los problemas que podrían acechar a la humanidad y hacerla retroceder a estados primitivos. La amenaza más obvia es la de nuevos desastres naturales resultantes del cambio climático. Si el cataclismo del Golfo de México es interpretado por los políticos norteamericanos como una advertencia sobre las consecuencias que sobrevendrán si EEUU continúa degradando el medio ambiente –advierte Garton–, Katrina podría dejar un resquicio de esperanza, aunque quizá ya sea tarde. Si algunos indicadores recientes resultan correctos, estamos en los albores de una espiral de desastres que atormentarán a amplias regiones del planeta. Ello sin especular sobre las amenazas de índole humana y lo que sucedería si, por ejemplo, algún grupo terrorista lograra detonar una bomba nuclear en cualquier ciudad del mundo. En este sentido, si los atentados de Nueva York, Madrid y Londres generaron indignación, miedo, restricciones a las libertades civiles y abusos, un atentado en mayor escala podría mostrar escenas de histeria colectiva, caza de brujas y violencia desenfrenadas.

Por eso, continúa Garton, el problema no pasa por lo que Samuel Huntington llamó

la “guerra de civilizaciones”. Lo que está bajo amenaza es la civilización misma, la delgada corteza sobre la que nos movemos y bajo la cual bulle el magma furioso de la naturaleza (la humana incluida). Nueva Orleans abrió un pequeño orificio en esa corteza a través del cual atisbamos lo que se mueve por debajo. Lo más difícil, precisamente, es preservarla. Dada la actual configuración del poder mundial –concluye–, un análisis de las perspectivas a mediano plazo podría aventurar una hipótesis pesimista: alguna vez, allá por el año 2000, el mundo alcanzó su punto cúlmine en la difusión de la civilización, punto a partir del cual las futuras generaciones podrían mirar hacia atrás y recordarnos con cierta nostalgia y envidia.

Quince años después de que Francis Fukuyama proclamara el fin de la historia y el imperio definitivo de la democracia liberal y la economía de mercado, la realidad del último lustro fue un interminable rosario de irrupciones de esa misma “historia” (encarnada en oleadas inmigratorias desde el Tercer Mundo, hambrunas, violencia terrorista, por mencionar sólo algunas), cuya muerte fuera decretada en los 90 por los portavoces del neoliberalismo triunfante. Algunos creyeron, sin ninguna inocencia, que también el Estado tocaba su fin; que se cerraba la era en la cual la aspiración de alcanzar un equilibrio entre la iniciativa privada y la pública se basaba en la convicción de que ambas tenían intereses comunes. Cuando la catástrofe natural –que tendría mucho que ver con un mercado sin límites y sus devastadores efectos sobre el medio ambiente– golpea las puertas de ese Primer Mundo invulnerable, aquel que Fukuyama situó con osadía en la “post historia”, queda en evidencia que el Estado es la última frontera que nos preserva y separa del estado de naturaleza, del horror de la vuelta al estado animal.

Europa reniega de los inmigrantes y de sus propios valores

El sociólogo francés Sami Naïr cuestiona las políticas de recepción de inmigrantes y refugiados que instrumentan algunos países de la Unión Europea.

La problemática de las migraciones ha adquirido en los últimos años una relevancia inusitada. La agudización escandalosa de los contrastes entre la opulencia y despilfarro de los países ricos frente a la miseria y desolación en que sigue sumida gran parte de la población mundial, continúa siendo el principal disparador de los desplazamientos de personas. En todo caso, lo que los gobiernos de los países ricos prefieren seguir sin ver a la hora de definir las políticas en materia de seguridad e inmigración es el drama humano que en la gran mayoría de los casos precede a la decisión de migrar. En el fondo –y en la superficie también–, el problema central que alimenta al fenómeno migratorio es el de la flagrante inequidad del sistema internacional, reproducida en mayor o menor escala al interior de las sociedades del Tercer Mundo.

El sociólogo francés Sami Naïr realiza un serio cuestionamiento, desde la tribuna del diario madrileño *El País* de hoy, a las políticas que en materia de recepción de inmigrantes y refugiados están poniendo en práctica algunos países

de la Unión Europea. Naïr observa que el apego a los derechos humanos y a la libertad que la UE reivindica como un patrimonio inherente a su identidad, parece tambalearse ante los desafíos que plantea el desarrollo de la inmigración masiva e incontrolada. En efecto, los “campos” ilegales de internamiento para extranjeros constituyen una verdadera política europea de seguridad en materia de inmigración. Dicha política –explica Naïr– se caracteriza por la *subcontratación* o *terciarización* del control y de la represión en países situados fuera de las fronteras de Europa, y cuyo respeto por los derechos humanos generalmente es la última de sus preocupaciones. Su función elemental, dentro de una lógica de contención, consiste en filtrar la entrada de nuevos emigrantes y solicitantes de asilo. En realidad, este proceso lleva ya tiempo en funcionamiento, pero la novedad radica en la sistematización de la utilización de los “campos” y su *desolcalización* en los países de origen o de tránsito. La característica común de todos ellos es la indeterminación de

su estatus jurídico y la ausencia de limitación de su duración. Prueba de ello –denuncia el sociólogo francés– es que casi no se dispone de datos precisos ni estadísticas de los mismos, de su existencia, su localización geográfica, el número de personas que viven en ellos, la duración media de su estancia y las condiciones de confinamiento. Su implantación se da en lo que Naïr denomina como “zonas tampón” entre la UE y las regiones de origen de los emigrantes: en las nuevas fronteras del Este, como Hungría, Polonia, Rumania y Ucrania, y en la periferia mediterránea, como Ceuta y Melilla, Malta, la isla de Lampedusa y, más hacia el sur, en Marruecos, Argelia, Turquía e Irán. Las Naciones Unidas ya han denunciado enérgicamente los procedimientos utilizados en las deportaciones hacia algunos de estos campos, en tanto que el ACNUR ha destacado su “falta total de transparencia” y Amnistía Internacional habla de “deportaciones ilegales” y de expulsiones ejecutadas incumpliendo la Convención de Ginebra.

La idea de exportar la gestión de los procedimientos de asilo mediante el establecimiento de centros de tránsito fuera de la UE ya fue planteada por varios países europeos, en especial por los gobiernos de Tony Blair, Silvio Berlusconi, Gerard Schröder y, en su momento, de José María Aznar. La idea es combatida, en cambio, por el gobierno francés y por la España de Rodríguez Zapatero. Lo que la generalización de estos “campos” para extranjeros vendría a cuestionar –denuncia Naïr– es precisamente su carácter “excepcional”, institucionalizándolo como herramienta de gestión de los flujos migratorios en Europa. Su función latente es la de alejar, ocultar la realidad migratoria, hacer que la inmigración se vuelva “invisible”; supone una lógica de alejamiento, de relegación y de exclusión, una orientación todavía más hipócrita porque es harto conocido que los inmigrantes alimentan a sectores económicos enteros –la tan mentada economía sumergida– en los

países de acogida. En este sentido, la multiplicación de los “campos” para extranjeros se inscribe dentro de la continuidad de una concepción utilitarista de la inmigración, calcada únicamente de las necesidades del mercado de trabajo europeo y que pone en juego un proceso de selección. Así –continúa Naïr–, esta política es el resultado de una lógica política global que concibe la inmigración únicamente como una mercancía. Al *deslocalizar* la gestión del asilo en los países externos, los países europeos sirven ante todo a sus propios intereses y descargan su responsabilidad en los países “tampones” que, por lo general, carecen de los recursos técnicos y financieros adecuados. Además, la exportación de la gestión del asilo está estrechamente relacionada con otro eje de la política europea, a saber, la voluntad de responsabilizar a los países de origen o de tránsito para, de este modo, incitarlos a cooperar en la lucha contra la inmigración clandestina. En este sentido, la UE ya ha empezado a condicionar su ayuda al desarrollo a la aceptación de estos “campos” de extranjeros por parte de los países de tránsito situados en “zonas tampón”. No obstante ello, un informe reciente del Parlamento Europeo subraya que la “experiencia de estos campos de refugiados no puede contemplarse fuera de la Unión sin un riesgo evidente de violación de los derechos fundamentales”.

Naïr finaliza destacando que no rechaza el derecho de los países a controlar los flujos migratorios pero que lo que sí cabe exigir es que ello se haga con la mayor transparencia y respetando los derechos humanos. Concluye afirmando que Europa es hoy uno de los escasos espacios de civilización en medio de un mundo sometido a la ley del más fuerte. Por tal motivo, el Viejo Continente se engrandecería si diera un buen ejemplo frente a la terrible miseria de este mundo; un mundo que genera desplazamientos de poblaciones y emigraciones por hambre y desesperación.

¿Qué Islam elige usted?

Garton Ash analiza los tópicos y creencias más arraigados en los países occidentales acerca de la cultura islámica y las formas en que Occidente explica su relación con aquella.

La conflictiva relación entre Occidente y el mundo islámico ha estado cruzada, a lo largo de la historia, por múltiples y complejas variables de naturaleza política, económica, social, cultural, religiosa y étnica. En igual proporción van las interpretaciones que se hacen, a la luz de esa larga y rica historia, sobre las relaciones entre los pueblos y culturas occidentales y los del Islam. El fin de la guerra fría y la configuración de un sistema internacional unipolar, con EEUU como superpotencia hegemónica, ha tenido efectos de enorme significación en todo el orden internacional y, como no podía ser de otra manera, ha redefinido también las relaciones de los países islámicos con las potencias occidentales. En contextos de cambios profundos y vertiginosos, lo que sufre también transformaciones es la representación que las sociedades construyen sobre la alteridad, sobre “los otros”. El *choque de civilizaciones*

o la renovada discusión sobre *Estado laico* o *Estado confesional* podrían ser algunas de las formas mediante las cuales Occidente explica, entre otras cosas, su relación con la cultura islámica desde una perspectiva filosófica, política y religiosa.

El historiador y periodista británico Timothy Garton Ash aborda en su columna del periódico londinense *The Guardian* de hoy el tema de los tópicos y creencias con más arraigo en los países occidentales respecto de la cultura islámica. Observa el hecho de que, si bien la mayoría de los musulmanes no son terroristas, la mayoría de los terroristas que amenazan a Occidente proclaman ser musulmanes. Asimismo, la mayor parte de los países con mayoría musulmana muestran una clara resistencia a lo que europeos y americanos visualizan generalmente como una “deseable modernidad” dentro de la cual se insertan los valores esenciales de la democracia liberal.

En un ejercicio que utiliza para explicar el por qué de estas percepciones, Garton Ash comenta seis de las argumentaciones utilizadas con más frecuencia en Occidente, y propone que cada lector elija aquella con la que más acuerde.

1. El problema fundamental no es tanto el Islam sino la religión misma, entendida como superstición, falsa conciencia y claudicación de la razón. El mundo sería mucho mejor si todos comprendieran las verdades reveladas por la ciencia, tuvieran confianza en la razón humana y aceptaran el humanismo secular. Lo que se necesita no es tan solo un Estado sino más bien una sociedad secular.

Esta posición –observa Garton Ash– es sostenida por un número considerable de personas muy educadas del Occidente pos cristiano. Si pudiera traducirse directamente en una prescripción política, tendría el pequeño inconveniente de necesitar que entre tres y cinco mil millones de personas abandonaran sus creencias más profundas. Además, la experiencia de los regímenes puramente seculares de los últimos cien años tampoco ha sido demasiado alentadora en términos de civilización, racionalidad y humanismo.

2. El problema fundamental no es la religión en sí misma, sino el Islam en particular, que no permite la separación entre Iglesia y Estado, entre religión y política. Con su discriminación sistemática de la mujer, sus brutales castigos a los homosexuales y su intolerancia militante, el Islam ha quedado detenido en la Edad Media y lo que necesita es su propia Reforma.

Se trata de una visión muy generalizada, observa el comentarista británico. El punto más débil de esta posición radica en su visión monolítica y esencialista del Islam,

incapaz de apreciar su riqueza y heterogeneidad, además de explicarlo con categorías puramente occidentales, tales como Edad Media y Reforma.

3. El problema no es el Islam sino el islamismo. Siendo una de las más grandes religiones, ha quedado cautivo de un grupo de fanáticos como Osama Bin Laden que lo han tergiversado y puesto al servicio de su propia ideología política del odio.

Es la visión promulgada y oficializada por Bush, Blair y varios políticos occidentales. Garton Ash duda, incluso, de que ellos mismos se la crean.

4. El nudo del problema no es la religión, ni el Islam, ni siquiera el islamismo, sino un tema específico y particular de los árabes. Entre los veintidós miembros de la Liga Árabe ninguno ha desarrollado un sistema democrático.

El argumento es muy flojo, además de su connotación racista, porque existen democracias en países de mayoría musulmana, tales como Turquía y Mali. Más aún –dice el británico–, incluso en un país tradicionalmente anti árabe como Irán, muy poca gente piensa que el problema radique en los árabes.

5. Nosotros, y no ellos, somos la raíz del problema. Desde las cruzadas hasta la guerra de Irak, el imperialismo occidental, el colonialismo y la hegemonía ideológica cristiana y pos cristiana han creado la antipatía a la democracia liberal occidental entre los musulmanes.

Se trata de una opinión muy difundida entre los musulmanes y no sólo entre los árabes de Medio Oriente, sino también entre buena parte de la izquierda occidental. Aún en el caso de que esta versión simplista de la historia fuera enteramente cierta, es

imposible cambiar el pasado, admite Garton Ash. Así y todo, lo que sí debería hacer Occidente es reconocer el daño del cual es directa y genuinamente responsable y poner más empeño, por ejemplo y entre otras cosas, en la creación de un Estado palestino libre que conviva con un Israel seguro.

6. *La tensión más aguda entre Occidente y el Islam se produce en los bordes, en las fronteras donde ambas culturas se encuentran. Surge, en particular, del encuentro directo y personal de los jóvenes de primera o segunda generación de inmigrantes musulmanes con la cultura occidental, en especial, con la modernidad secular europea. El sistema más seductor jamás conocido por la Humanidad, con sus policromías del consumo de bienestar, riqueza, sexo y poder, resulta perturbadoramente atractivo para los jóvenes de los empobrecidos y conservadores suburbios musulmanes. El sentimiento de frustración, exclusión y rechazo que muchos de ellos experimentan lleva a algunos pocos –una minoría muy pequeña– a abrazar una nueva, feroz, extrema y belicosa versión de la fe de sus padres.*

Dice Garton Ash que le gustaría encontrar alguna evidencia incontestable que refutara este último punto de vista. Porque en realidad, aunque se pudiera alcanzar mañana mismo un Estado palestino libre y retirar de una vez y para siempre las tropas norteamericanas de Irak, este problema seguiría allí. Un problema que amenaza con convertir a Europa en un lugar menos civilizado y confortable en los próximos diez años.

Pregunta finalmente el columnista de *The Guardian* con cuál de las seis explicaciones nos hemos quedado nosotros. Al responder la pregunta –advierte– no estaremos limitándonos solamente a decir algo sobre

el mundo islámico; estaremos diciendo, más bien, mucho sobre nosotros mismos. Porque lo que llamamos Islam –concluye Garton Ash– es un espejo que nos devuelve el reflejo de nuestra propia imagen. “Dime qué Islam elegiste y te diré quién eres”.

Roosevelt y Bush

A partir de las medidas del gobierno de Bush para reparar los estragos del huracán Katrina, Paul Krugman revisa la política de Roosevelt, el *New Deal*, mediante la cual EEUU superó la crisis de 1929.

La crisis en la conciencia de los norteamericanos desatada por el huracán Katrina, sumada a la trágica realidad de una guerra en Irak que no empezó ni terminará en la forma que profetizó el sanedrín de *neocons* que rodea al presidente Bush, parece movilizar la memoria colectiva en busca de aquellos grandes líderes que, en circunstancias históricas difíciles, supieron demostrar sus dotes de estadistas para sacar a la nación del pantano en el que se hallaba sumida.

Paul Krugman hace hoy una semblanza, en su columna habitual de *The New York Times*, de Franklin D. Roosevelt y su *New Deal* –que le permitió a EEUU salir de los devastadores efectos económicos y sociales del crack del 29– a la luz del paquete de 200.000 millones de dólares que anunciará Bush para hacer frente a la devastación del Golfo de México. Dice Krugman que, a las puertas del más grande programa de asistencia y reconstrucción concebido desde los tiempos

del *New Deal*, los augurios no son buenos. Es un hecho que la administración Bush, que intentó convertir a Irak en un laboratorio de las políticas económicas conservadoras, intentará hacer lo mismo con las costas del Golfo. La *Heritage Foundation* –*think tank* del pensamiento político conservador– ha publicado ya un manifiesto sobre cómo debería ser la política pos-Katrina. Reclama indulgencia al gobierno respecto de las transgresiones a las reglamentaciones ambientales, la eliminación del impuesto a la renta del capital, la gestión privada de los edificios escolares en las áreas de desastre y la exención a los familiares de los fallecidos por la catástrofe, con un patrimonio superior a 1,5 millones de dólares, del impuesto estatal a las herencias. Reconocen, sin embargo, que la reconstrucción va a requerir de ingentes gastos federales.

Además del efecto sobre el déficit que tendrá el recorte de impuestos –en plena ex-

pansión del gasto público debido a la guerra de Irak y, ahora, a la reconstrucción de los estados del sur-, ello plantea otra cuestión: la de cómo ejecutar un gasto discrecional a semejante escala por parte del gobierno sin crear, paralelamente, una cadena de corrupción de las mismas proporciones. Franklin D. Roosevelt –continúa Krugman– demostró en los años treinta que es posible gastar con honestidad grandes sumas de dinero y mejorar, a la vez, la reputación de la gestión pública (muy vapuleada hasta la instrumentación del *New Deal*). La respuesta sobre cómo se pudo lograr aquello radica en que los planes instrumentados por Roosevelt hicieron del control preventivo contra la corrupción su regla de oro. Mediante la creación de la poderosa “división de investigación progresiva” se pudo hacer el seguimiento exhaustivo de todas las denuncias por malversación que se presentaron. Pero lo interesante de tal experiencia –advierte Krugman– es que el compromiso con la transparencia gubernamental no era un producto de la virtud personal del presidente Roosevelt; reflejaba, más bien, un imperativo político. Su misión como presidente consistía en demostrar que la acción del Estado es efectiva, que funciona. De allí que, para mantener la credibilidad de su misión necesitaba preservar intacta la reputación de la administración.

El problema es que Bush no es Roosevelt; es más, en muchos y cruciales aspectos es exactamente su opuesto. El presidente Bush adhiere a una filosofía política que se opone a un Estado activo y ello se ha traducido en la obsesión presidencial por reducir y privatizar cualquier programa gubernamental que encuentre por allí (tal como ocurre con el sistema de la Seguridad Social, el más grande

legado de la era Roosevelt). Pero aun si estas políticas no dieran los resultados prometidos, ello no desalentaría a sus principales impulsores: muchos conservadores ven en la ineptitud del gobierno frente al desastre de Katrina una reivindicación de su falta de fe en la acción del Estado, cuando en realidad lo que deberían reconsiderar es su fe en el señor Bush. Hasta la fecha, la actual administración –que no ha dado muestra alguna aun de que puede hacer un buen gobierno– sólo ha demostrado aversión a investigarse seriamente a sí misma. Muy por el contrario, ha puesto trabas por todos los medios a todas las investigaciones sobre corrupción en su seno y hasta se ha permitido castigar a aquellos investigadores que han osado intentar hacer seriamente su trabajo. Sin embargo –advierte Krugman–, la corrupción es un problema que atraviesa también los niveles estatales y locales de la gestión pública. En este sentido, la simpatía por la gente de Misisipi y Luisiana no deberían hacernos cerrar los ojos a la realidad de sus culturas políticas. El año pasado el *Corporate Crime Reporter* elaboró un ranking con todos los Estados en función del número de delitos federales que tuvieran por actos de corrupción en el sector público: Misisipi salió primero y Luisiana quedó en el tercer puesto.

¿Puede entonces el presidente Bush asegurar un programa de reconstrucción honesto?, pregunta Krugman. Sí, mediante la creación de una agencia autónoma a cargo de una figura independiente, que aleje a los políticos de las decisiones sobre los gastos de la reconstrucción. Probablemente nunca lo haga, concluye Krugman. Existen sobradas razones para creer que la reconstrucción de la costa del Golfo, al igual que la fallida reconstrucción de Irak, terminará gravemente afectada de amiguismo y corrupción.

Lo que viene después del huracán

El economista Miguel Boyer Arnedo explica los problemas más acuciantes que produce el calentamiento global y describe un panorama muy poco alentador para revertir la situación.

Los estragos dejados por el huracán que hace unas semanas azotó la ciudad de Nueva Orleans y las costas del Golfo de México, no han hecho más que confirmar las advertencias y augurios sombríos que la comunidad científica venía haciendo respecto de los modos irracionales de consumo y gestión de los recursos de nuestras sociedades, en especial de las más desarrolladas. Dos elementos parecen estar concentrando la preocupación en torno al tema. El primero tiene que ver con la probable *irreversibilidad* del proceso desatado, más allá de las medidas que la comunidad internacional pueda adoptar en el cortísimo plazo y que, a lo sumo, podrían incidir sobre la intensidad y prontitud de los fenómenos y sus aterradoras consecuencias. El segundo estaría vinculado con la *inmediatez* de los efectos, en un horizonte temporal que ya no se estima para las futuras generaciones, sino que se ha adelantado y se cierne sobre nosotros mismos.

El diario madrileño *El País* publica hoy una columna del economista Miguel Boyer Arnedo,

en la cual explica los problemas más acuciantes que produce el calentamiento global y describe un panorama muy poco alentador sobre las perspectivas de reversión del deterioro sufrido por el medio ambiente. La catástrofe de Nueva Orleans –explica Boyer– ha sido un producto esperable del cambio climático, cuyas consecuencias no están más que empezando. La situación va a empeorar y los síntomas están en todas partes: desde la actual sequía en la Península Ibérica, hasta un incremento notable en la fuerza y frecuencia de los huracanes. Los dos grandes problemas ecológicos que describe Boyer como resultado de la emisión de dióxido de carbono son, por un lado, el fin de la biodiversidad, y por el otro, la aceleración del calentamiento global del planeta. Respecto del primero, el economista español observa que, por cada especie que desaparece por la modificación de su hábitat, se pierde un libro genético con incalculables tesoros biológicos acumulados a lo largo de millones de años de evolución. Dichas

pérdidas crecen exponencialmente porque en los ecosistemas unas especies dependen de las otras, y cada una que desaparece hace más frágiles a las demás. De allí que nuestra supervivencia biológica –que depende elementalmente del consumo de oxígeno producido por las plantas, de las medicinas producidas por todos los seres vivos y de los alimentos– estaría pendiendo de un hilo. En cuanto al segundo problema –mucho más grave desde la perspectiva de Boyer–, varios indicadores confirman que el planeta se está calentando más deprisa de lo que se esperaba. El efecto invernadero –explica– se había subestimado enormemente hasta hace un par de años. Los científicos han descubierto que una capa de contaminación está oscureciendo el planeta en lo que se ha denominado “oscurecimiento global” y que significa que en los últimos 30 años se ha producido una disminución del 20 % de la luz que incide sobre la superficie del planeta.

Frente a este panorama, la única opción relevante en cuanto a la ecología y el futuro de la especie es, lisa y llanamente, dejar de quemar cosas. Las renuncias que tendríamos que hacer –agrega el economista español– no serían tan grandes: emplear luz solar, viento y demás fuentes de energía renovable. Deberíamos acostumbrarnos a vivir un poco más modestamente. Habría que invertir también mucho más esfuerzo en investigar la fusión nuclear para conseguir una fuente de energía limpia y muy abundante. Mientras llega la fusión, Boyer propone cambiar algunos hábitos: deberíamos vivir cerca de los trabajos o trabajar cerca de donde vivimos; no ir de vacaciones a lugares remotos en aviones que escupen polución y muerte por sus turbinas rugientes; olvidarse de ir con saco y corbata a oficinas que deben ser enfriadas por algo energéticamente tan monstruoso como el aire acondicionado; y, al menos durante el verano, habría que desechar modas absurdas que se inventaron hace siglos en el norte de Europa cuando todavía existía el frío.

Pero claro, lo que cuentan los científicos siempre está dentro de alguna controversia técnica que al final sirve como excusa. Todo esto, quizás, debería importarnos un poquito –advierte Boyer–, porque últimamente dicen los científicos que los desastres no azotarán a nuestros nietos, ni siquiera a nuestros hijos; seguramente no faltan más de veinte o treinta años para que las cosas se pongan terroríficas. Y si alguien todavía cree que los problemas medioambientales y climáticos son cosa de los países pobres y que se puede estar a salvo de ellos, basta solamente con mirar lo que pasó en Nueva Orleans.

De allí que el cambio climático no debería ser una preocupación exclusiva de la ciencia. Es un problema social, económico y político, afirma Boyer. La dificultad radica en que, como se desarrolla en una escala temporal mayor que la que resulta intuitivamente perceptible, la sociedad en su conjunto se está desentendiendo, como si no fuese a ocurrir, o como si fuera decente dejar que se ocupen los demás en el futuro. Nuestra reacción colectiva ante esta amenaza está viciada por la consabida discrepancia de intereses privados y colectivos. Nos hemos acostumbrado a ir en coche con el aire puesto, regando de humo la atmósfera como si fuese un vertedero, asumiendo que, como los grandes problemas globales están lejos de la esfera de influencia de uno mismo, a efectos prácticos son inexistentes. Semejante actitud –concluye Boyer–, la irresponsabilidad social del ciudadano, es quizás el mayor mal de nuestro tiempo, y tampoco puede ser contrarrestada por unos poderes públicos que, al ser elegidos, son incapaces de imponer sacrificios a los ciudadanos si estos no entienden su sentido. La pregunta entonces es si la precaria sustentabilidad ambiental de nuestro frágil planeta será capaz de resistir el tiempo que demoren en producirse los cambios sociales, culturales y políticos que fuercen a una transformación radical de nuestras formas de producción y consumo.

Tercera vía y laborismo privatizador

Luego del último congreso nacional del Partido Laborista británico, Dave Prentis, líder sindical, reflexiona acerca de los pobres resultados que arrojó la privatización de los servicios públicos en ese país.

Si bien la crisis del Estado de Bienestar comienza entrados los años 70, la caída del muro de Berlín y el triunfo de un capitalismo sin otros modelos a la vista se tradujo en un avance sin igual de las fuerzas del mercado sobre aspectos tradicionalmente reservados a la acción pública. La participación del Estado en la actividad económica y en la gestión y provisión de servicios públicos es hoy motivo de anatema para el credo dominante desde principios de los 90. Lo cierto es que también en Europa la sociedad comienza a percibir el deterioro en la calidad de los servicios universales del anquilosado Estado benefactor, deterioro que tampoco las políticas de privatización, en modo alguno, han sabido resolver adecuadamente sino todo lo contrario. El sistema universal de salud es uno de las presas más codiciadas por la fiebre privatizadora y numerosas son las discusiones en torno a las hipotéticas ventajas de su pase a manos

privadas. En EEUU, por ejemplo, el presidente Bush tiene en carpeta un polémico proyecto de reforma del sector de la salud que las malas noticias de Irak y los estragos del huracán Katrina lo han obligado a dejar en *stand by*.

A la luz del congreso nacional del Partido Laborista que se está desarrollando esta semana en el Reino Unido, y del nuevo ímpetu privatizador de Tony Blair, el diario británico *The Guardian* publica hoy una columna de Dave Prentis, secretario general de *Unison* (la organización sindical más importante del país) en la que reflexiona sobre los pobres resultados que ha arrojado la privatización de los servicios públicos, lo que ha redundado además en un deterioro notable en la calidad de las prestaciones.

Cuando en la última elección general –afirma Prentis– los sindicatos hicieron campaña a favor del Partido Laborista fue en pro de la calidad de los servicios públicos. Se trató de

apoyar a un gobierno que le había dado a la sociedad más médicos, enfermeros y maestros, que había acortado notablemente las listas de espera y que abrió nuevas escuelas y hospitales. Sin embargo –advierte–, ese mismo gobierno está ahora introduciendo políticas que amenazan tales servicios, en especial el sistema nacional de salud y la educación. Y lo ha hecho sin haberlo discutido abiertamente durante la campaña electoral. Más preocupante que la dirección de la reforma es su velocidad, pues carece de las evidencias empíricas necesarias que respalden sus resultados. En este sentido, la búsqueda apurada por subcontratar o privatizar, ignorando las pruebas existentes en contrario, sólo puede ser entendida como ideológica. De aplicarse estas reformas, aquellos hospitales y escuelas que no obtengan suficientes contratos o no capten suficientes alumnos compitiendo con sus rivales del sector privado, deberán cerrar. Parecería ser, pues, que en algunos casos la cancha está muy inclinada en contra del sector público, reflexiona Prentis. Mientras tanto, la Oficina Nacional de Estadísticas acaba de anunciar que la inequidad se ha elevado por primera vez desde 1997. Mediante el aumento del gasto público y créditos impositivos, el laborismo había logrado contener el incremento de la desigualdad producido durante los años de gobierno conservador. Por eso resulta difícil entender que ahora digan que lo que se necesita es más y no menos “marquetización” de los servicios.

Los mercados de la salud –continúa Prentis– se distinguen por el hecho de que cada actividad tiene un precio, y mayores son los recursos que deben desviarse cuando hay precios negociados, conformidad de contratos y flujos de administración financiera. En este contexto, los fondos de los servicios

primarios de salud serán transferidos de los proveedores del servicio a organizaciones que se dedican pura y exclusivamente a comprarlos con la ayuda de empresas consultoras. La reforma obligará a crear mercados donde ellos no existen, sólo que financiados públicamente, como siempre, pero gestionados privadamente por centros de tratamiento independientes (CTI). La secretaria de salud de Blair ha prometido tres mil millones de libras para el sector privado de los CTIs, y si bien suena como una buena idea el acortar las listas de espera en los hospitales –advierte Prentis–, no lo es tanto cuando la reforma podría significar la transferencia de un sector a otro de los escasos recursos humanos con que cuenta el sistema nacional de salud; el compromiso del Estado con el sector privado de garantizar un flujo mínimo de operaciones que supondría la pérdida de trabajo por parte de los hospitales públicos; una mejor retribución a los centros privados que a los del sistema nacional; y la pérdida de aquellos casos de rutina que posibilitan el entrenamiento de los médicos y el pago de especialistas para casos de alta complejidad. La eficiencia será entonces el objetivo central del sistema en lugar de la necesidad social y los hospitales se especializarán en maximizar sus ganancias. La salud preventiva dejará de ser la prioridad, como bien saben las compañías de salud de EEUU, puesto que las mayores ganancias se obtienen de las terapias para enfermedades de largo tratamiento.

Al mismo tiempo –continúa el dirigente británico–, la secretaria de educación del gobierno de Blair está convirtiendo las escuelas secundarias en academias gerenciadas por ricos hombres de negocios, regadas con decenas de millones de libras

provenientes del erario público y con patente de curso para enseñar lo que les plazca, incluido el “diseño inteligente”. Todo ello no estaría tan mal si hubiera al menos evidencias de que las empresas privadas proveen mejores servicios que el sistema público o que la competencia eleva los estándares de calidad. Todo lo contrario; y existen serias evidencias de que el mercado está dañando sensiblemente los servicios públicos. El gobierno ha olvidado por qué el Reino Unido tiene servicios públicos: para paliar las falencias del mercado, para asegurar un medioambiente sano y para proteger la salud y educación públicas.

“Como sindicalista que soy –concluye Prentis–, casi ni he mencionado los efectos perniciosos que la terciarización tiene sobre los salarios, las condiciones de trabajo, la equidad remunerativa, horaria, de capacitación, de licencias por maternidad y de pensiones. Y ello porque no soy tan sólo un dirigente sindical sino también un ciudadano apasionadamente preocupado por los servicios públicos.” Lo que efectivamente da resultado son los altos niveles de inversión; la cooperación y colaboración más que la competencia; la inversión en staffs y equipos de trabajo; el pensamiento integrado más que la fragmentación; y el cambio desde adentro por sobre la revolución y la agitación. “Ese es el mensaje que los miembros del Laborismo reunidos en Brighton desean oír esta semana.”

Apuntes sobre los conceptos de Estado y nación

El antropólogo Miguel León-Portilla aborda el resurgimiento de los movimientos nacionalistas en los últimos años y analiza las perspectivas del fenómeno en Europa y América Latina.

El debate sobre la supervivencia del Estado-nación, sobre los Estados que albergan en su seno múltiples naciones, y sobre las naciones que no han podido constituirse en Estados soberanos, sigue teniendo una vigencia innegable a pesar de los intentos de los apologistas de la globalización que intentan relegar dichas categorías al desván de las cosas en desuso. Más allá de las incultables transformaciones en el escenario –interno e internacional– sobre el cual actúa e interactúa la entidad estatal, lo cierto es que hoy por hoy el Estado sigue siendo el único actor capaz de restablecer y preservar los equilibrios en una sociedad que, sólo a merced del mercado, volvería al estado natural que tan bien describiera Thomas Hobbes en su célebre *Leviatán*.

De cualquier manera, la discusión sobre el Estado y la nación adquiere distintas connotaciones según el espacio geográfico del que se trate. En Europa Occidental,

con la crisis del Estado benefactor, lo que está en debate es cuánto Estado y cuánto mercado necesita la sociedad para seguir desarrollándose con equidad. Pero también el tema de las nacionalidades adquiere una significación especial en países como España, Gran Bretaña, Francia y los Balcanes, por mencionar algunos, debido al resurgimiento de los movimientos que reivindican las identidades históricas, muchas de ellas contenidas dentro de los modernos Estados nacionales. En América Latina la discusión sobre cuánto Estado y cuánto mercado es necesario se ha dirimido en forma trágica y dolorosa para nuestras sociedades. No hace falta explicitar cómo se han traducido en los indicadores sociales de la región las políticas destinadas a limitar la acción del Estado en favor de las fuerzas del mercado. Por otra parte, la conformación de los Estados modernos en Latinoamérica tiene también sus propias características y particularidades. A

diferencia de la experiencia histórica más común, en la cual fueron comunidades nacionales preexistentes las que constituyeron al Estado (esto es, su organización política y jurídica), en la experiencia específica de la Argentina fue el Estado el que fundó la nación sobre la base de las identidades provinciales y locales preexistentes. En este contexto, la educación fue el instrumento esencial del Estado para la construcción de la nacionalidad mediante la institución de los valores e identidades que nos constituyeron como pueblo.

Vinculado precisamente a la temática del resurgimiento de los movimientos nacionalistas en distintas geografías del planeta, el diario madrileño *El País* publicó el 17 de septiembre pasado una columna del historiador y antropólogo mexicano Miguel León-Portilla sobre las formas en que se manifiesta dicho fenómeno en Europa y América Latina. Explica León-Portilla que hasta fines del siglo XVII la palabra *nación* se utilizó para designar a un grupo social o pueblo originario de determinada región, cuyos miembros compartían un gran número de tradiciones y modos de ser, así como una misma lengua. Tiempo después, desde principios del XVIII, el término *nación* fue adquiriendo connotaciones que lo aproximaron a la significación de la palabra *Estado*. Éste se entendió como la entidad integrada por un grupo social numeroso, establecido en un territorio y formando una entidad política, con su propio gobierno, que ejerce sus funciones de acuerdo con una Constitución y otras leyes, y es reconocido como tal por los otros Estados. De este modo –explica León-Portilla–, la palabra *nación* fue perdiendo elementos de su antigua significación, como los de la posesión

de tradiciones y costumbres en común, religión y aun lengua, ya que pudo aplicarse a Estados plurilingües y multiculturales. Es por ello que en determinado momento las palabras Estado y nación llegaron a tenerse por sinónimos. Francia, con su actitud centralista, se convirtió en el ejemplo inequívoco de lo que se denominó *Estado nacional* o *Estado-nación*. Allí el Estado se constituyó en una entidad en la que las diferencias culturales y lingüísticas debían, en lo posible, desaparecer por representar un “obstáculo” para la “unidad nacional”. Una vez consumada la Revolución Francesa, la tendencia centralista avanzó y se reflejó con gran fuerza en la denominación de las entidades regionales. Se suprimió entonces la designación oficial de las regiones históricas, como la Borgoña, Normandía, Bretaña, Delfinado, Provenza y Languedoc, y se sustituyó por una nueva división territorial, el “departamento”, con denominaciones más anodinas y sin tradición histórica.

Más allá de la perdurabilidad hasta nuestros días de la concepción del Estado-nación –continúa León-Portilla–, en las últimas décadas las cosas han comenzado a cambiar. Surgen nuevos movimientos que reivindican los atributos de las antiguas naciones, las cuales, con hondas raíces históricas, han perdurado en el seno de diversos Estados. Sobran ejemplos en tal sentido: bretones y corsos en Francia, vascos, catalanes y gallegos en España, nor-irlandeses, escoceses y galeses en el Reino Unido, sin olvidar a las nuevas repúblicas balcánicas nacidas de la desintegración de la antigua Yugoslavia. León-Portilla incluye también dentro del mismo fenómeno a los movimientos indigenistas que han irrumpido con fuerza en América Latina reivindicando su identidad

étnica y cultural para demandar mayores niveles de autonomía. Es en este punto que el antropólogo mexicano plantea una serie de interrogantes sobre la evolución del fenómeno en el corto y mediano plazo. ¿Qué consecuencias podrán seguirse de estos procesos en el seno de Estados que intentaron homogeneizar a las que, en rigor, deben considerarse como nacionalidades históricas diferentes? ¿Hasta dónde pueden llegar las reivindicaciones nacionales? ¿Será el destino llegar a una *balcanización* universal? O a la inversa, ¿se lograrán integraciones como la de la Unión Europea? Y finalmente, ¿podrán encontrarse soluciones que vuelvan viable la convivencia de distintas naciones con sus culturas y lenguas diferentes en el seno de un mismo Estado? En Europa –concluye León-Portilla– ha habido una larga tradición de armonía histórica entre pueblos. En el Nuevo Mundo conviven hasta hoy en paz muchos pueblos indígenas oprimidos sólo por la sociedad mayoritaria. En este contexto, las demandas de autonomía consensuada no deberían implicar, necesariamente, la ruptura de la unidad de un país, porque autonomía no significa soberanía. A pesar de haber sido a menudo un problema, las diferencias culturales también han sido, y pueden ser, fuente de creatividad y concordia entre los pueblos.

¿Lo normal es lo más frecuente?

Moisés Naím, director de la revista norteamericana *Foreign Policy*, reflexiona acerca del concepto hegemónico de *normalidad* y sus implicancias en la formulación de políticas.

Mucho se ha discutido sobre el concepto de normalidad, si su definición es ontológica o deontológica, si lo normal es lo habitual, lo que abunda o si, por el contrario, es lo que se ajusta a la norma, lo que debe ser. La diferencia nunca es sutil y mucho menos cuando se trata de definir la normalidad vinculada al desarrollo y al acceso a condiciones de vida dignas para más de la mitad de la población mundial. De allí los riesgos de considerar como normal lo que es frecuente o creer como generalizado lo que en realidad se circunscribe a una minoría.

En un cuestionamiento de nuestros propios parámetros de “normalidad”, Moisés Naím, director de *Foreign Policy*, escribe una columna para *El País* en la que analiza qué supone –para la mayor parte de los seres humanos– la aceptación de determinados significados de normalidad. Dice: “Si está leyendo estas líneas, usted no es normal. Seguramente pertenece a la minoría de la humanidad que

tiene un empleo estable, un adecuado acceso a la seguridad social y disfruta de una libertad política considerable. Además, a diferencia de otros 860 millones de personas, usted sabe leer. Y gasta más de dos euros por día.” ¿Por qué, entonces, el que no es normal es uno? Porque sólo el 4% de la población mundial combina todos estos atributos enunciados por Naím.

En efecto, la Organización Internacional del Trabajo –continúa el columnista– calcula que un tercio de la población activa está desempleada o subempleada, y la mitad de la población mundial no tiene acceso a seguridad social de ninguna clase. Asimismo, la organización Freedom House clasifica a 103 de los 192 países del mundo como “no libres” o “parcialmente libres”, lo cual significa que las libertades civiles y los derechos políticos básicos de sus ciudadanos son nulos o muy reducidos. El dato no es menor porque vive en tales países nada más y nada menos que el 56% de la población mundial. Por otra parte, el

Banco Mundial señala que aproximadamente la mitad de la población del planeta vive con menos de dos euros al día. Es por eso –explica Naím– que, estadísticamente, hoy en día un ser humano “normal” es muy pobre; vive en condiciones físicas, económicas y políticas opresivas, y está regido por un gobierno incapaz y corrupto.

Sin embargo –continúa–, lo normal no es solo lo estadísticamente más frecuente, sino también lo que otros suponen que lo es. Por eso, las expectativas de una influyente minoría distorsionan la realidad de la vasta mayoría. Es decir, existe una enorme diferencia entre lo que el ciudadano medio de las democracias occidentales avanzadas supone “normal” y las realidades diarias que enfrenta la abrumadora mayoría. La información sobre las nefastas condiciones habituales de los países pobres es bien conocida; sin embargo, las expectativas sobre lo que significa ser normal en el mundo actual suelen reflejar la “anormal” realidad de unos pocos países ricos. Suponemos entonces que es normal comer tres o cuatro veces al día, caminar por la calle sin miedo, tener acceso al agua, la electricidad, el teléfono y el transporte público, y que los niños vayan a la escuela.

Lamentablemente, nada de eso es común. Por el contrario, hoy unos 852 millones de personas no comen tres veces por día ni cubren los requerimientos calóricos mínimos y necesarios; unos 1.600 millones carecen de acceso a la electricidad y casi 2.000 millones jamás han hecho una llamada telefónica. Además, unos 246 millones de niños –uno de cada seis, aproximadamente– trabajan y, de ellos, 73 millones tienen menos de 10 años.

Si en los países y sectores de mayores ingresos el nacimiento de un niño constituye, por lo general, un momento de alegría y celebración, según la Organización Mundial

de la Salud, en los países en desarrollo muere cada año más de medio millón de mujeres por complicaciones derivadas del embarazo, y el riesgo de mortalidad materna es de una cada 61 mientras que en los países ricos es de una entre 2.800.

De allí que las suposiciones del mundo rico –advierte Naím– sobre lo que constituye la norma global pueden resultar en costosos errores. Prueba de ello es que, a pesar de los constantes recordatorios de que la mayoría de los gobiernos del mundo son incapaces de realizar tareas relativamente sencillas, la mayoría de las fórmulas que se proponen sobre cómo deberían solventar sus problemas dichos países suponen la existencia de capacidades que en realidad no existen en la gran mayoría del sector público del mundo.

Según Naím, lo que impulsa entonces el desfase entre lo que suponemos normal y la realidad a la que se enfrentan miles de millones de personas no es sólo la tendencia provinciana a imponer nuestra experiencia a los demás, sino también una manifestación sincera de nuestros valores. Esto no quiere decir que esos juicios de valor sobre cómo deberían ser las cosas tengan que abandonarse; de hecho, son esos valores los que señalan la dirección en la que se encuentra el progreso. Pero una cosa es tenerlos como metas y otra, muy distinta y peligrosa, es suponer que nuestros ideales son parte de la realidad.

Muchas decisiones de la política pública –concluye el columnista– son erradas porque confunden ideales con realidades. En tiempos como éstos, es importante estar alerta ante la posibilidad de que nuestras opiniones, planes y decisiones se cimienten en falsas suposiciones sobre lo que es normal. Cuando eso ocurre, los valores terminan conduciendo a malas decisiones, y no a una mayor claridad moral.



**Dirección General de
Cultura y Educación**
Gobierno de la Provincia
de Buenos Aires